



COLECCIÓN empero

Nº 7

Historias insólitas

VILLIERS DE L'ISLE-ADAM

CERMI

COMITÉ ESPAÑOL
DE REPRESENTANTES
DE PERSONAS
CON DISCAPACIDAD



ediciones
cinca



COLECCIÓN empero

Dirigida por Luis Cayo Pérez Bueno

PRIMERA EDICIÓN:

septiembre, 2015

© DE ESTA EDICIÓN:

CERMI

Ediciones Cinca, S.A.

TÍTULO ORIGINAL:

Histoires insolites

© De la edición y selección: Luis Cayo Pérez Bueno, 2015.

© De la traducción: Luis Cayo Pérez Bueno y Gema Gallardo, 2015.

© ILUSTRACIÓN DE CUBIERTA:

Peregrinos al pie de la estatua de San Pedro en la Basílica de San Pedro de Roma,
de Léon Bonnat, 1864, óleo sobre lienzo, Museo Bonnat-Helleu, Bayona, Francia

Reservados todos los derechos.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Re-prográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

La responsabilidad de las opiniones expresadas en las obras de la Colección Empero editadas por Ediciones Cinca, S.A., incumbe exclusivamente a sus autores y su publicación no significa que Ediciones Cinca, S.A., se identifique con las mismas.

DISEÑO DE LA COLECCIÓN:

Juan Vidaurre

**PRODUCCIÓN EDITORIAL,
COORDINACIÓN TÉCNICA
E IMPRESIÓN:**

Grupo Editorial Cinca

c/ General Ibáñez Íbero, 5A

28003 Madrid

Tel.: 91 553 22 72.

grupoeditorial@edicionescinca.com

www.edicionescinca.com

DEPÓSITO LEGAL: M-31361-2015

ISBN: 978-84-15305-93-4

Historias insólitas (Selección)

VILLIERS DE L'ISLE-ADAM

Edición y selección de Luis Cayo Pérez Bueno
Traducción del francés de Luis Cayo Pérez Bueno
y Gema Gallardo



COMITÉ ESPAÑOL
DE REPRESENTANTES
DE PERSONAS
CON DISCAPACIDAD



ediciones
cinca

Índice

<i>EL CONDE MATÍAS AUGUSTO DE VILLIERS DE L'ISLE-ADAM</i> , POR RUBÉN DARÍO	9
---	---

HISTORIAS INSÓLITAS

LOS AMANTES DE TOLEDO	27
EL AGITADOR	35
LA LEYENDA MODERNA	47
UNA ENTREVISTA EN SOLESMES	59
EL SADISMO INGLÉS	69
EL SECRETO DE LA HERMOSA ARDIENE	83
EL NAVEGANTE SALVAJE	95
EL HEROÍSMO DEL DOCTOR HALLIDONHILL ...	103
LOS FANTASMAS DEL SEÑOR REDOUX	111
LA CASA DE LA FELICIDAD	125
¡POR LOS CRISTIANOS, LEONES!	143
LAS DELICIAS DE UNA BUENA ACCIÓN	151

EL CONDE MATÍAS AUGUSTO DE VILLIERS DE L'ISLE-ADAM

*VA OULTRE!*¹

(Divisa de los Villiers l'Isle-Adam.)

«Este era un rey»... Así, como en los cuentos azules, hubiera debido empezar la historia del monarca *raté*, pero prodigioso poeta, que fue en esta vida el conde Matías Felipe Augusto de Villiers de l'Isle-Adam. Puédesse construir este fragmento de historia ideal: «Por aquel tiempo —fue a mediados del indecoroso siglo XIX—, el país de Grecia vio renacer su esplendor. Un príncipe semejante a los príncipes antiguos, se coronó en Atenas, y brilló como un astro real. Era descendiente de los caballeros de Malta; había en él algo del príncipe Hamlet y mucho del rey Apolo; hacía anunciar su paso con trompetas de plata; recorría los campos en carroza heroica, tirada por cuadrillas de caballos blancos; echó de su reino todos los ciudadanos de los Estados Unidos de Norte América: pensionó magníficamente a pintores, escultores y rimadores, de modo que las abejas áticas se despertaban a un sonido de cinceles y de liras; pobló de estatuas

¹ ¡Va más allá!

los bosques; hizo volver a los ojos de los pastores la visión de las ninfas y de las diosas; recibió la visita de un soberano que se llamaba Luis de Baviera, señor hermoso como Lohengrin, y a quien amaba Lorelei, y vivía junto a un lago azul nevado de cisnes; llevó a Wágner a la armoniosa tierra del Olimpo, de modo que el bello sol griego puso su aureola de oro en la divina frente de Euforión; envió embajadas a los países de Oriente y cerró las puertas del reino a los bárbaros occidentales; volvió, gracias a él, la gloria de las musas; y cuando murió no se supo si fue una águila o un unicornio quien llevó su cuerpo a un lugar misterioso».

Pero la suerte, ¡oh sire! ¡oh, excelso poeta!, no quiso que se realizase ese adorable sueño, en este tiempo que ha podido envolver en la más alta apoteosis la abominable figura de un Franklin.

Villiers de l'Isle-Adam es un ser raro entre los raros. Todos los que le conocieron conservan de él la impresión de un personaje extraordinario.

A los ojos del hermético y fastuoso Mallarmé es un tipo de ilusión, un solitario —como las más bellas piedras y las más santas almas—: Además, en todo y por todo, un rey; un rey absurdo si queréis, poético, fantástico; pero un rey. Luego un genio. «El joven más magníficamente dotado de su generación», escribe Henri Laujol. Mendés exclama a propósito de Villiers, en 1884.

«¡Desgraciados los semidioses! Están demasiado lejos de nosotros para que les amemos como hermanos y de-

masiado cerca para que les adoremos como a maestros». El tipo del semigenio, descrito por el poeta de Panteleia, es verdadero. Más de una vez habréis pensado en ciertos espíritus que hubieran podido ser, como una chispa más del fuego celeste con que Dios forma los genios, genios completos, genios totales; pero que, águilas de cortas alas, ni pueden llegar a la suprema altura, como los cóndores, ni revolver en el bosque, como los ruiseñores.

Van más allá del talento los semigenios; pero no tienen voz para decir como en la página de Hugo, a las puertas de lo infinito: «Abrid; yo soy el Dante». Por lo tanto, flotan aislados sin poder subir a las fortalezas titánicas de Shakespeare, ni acogerse a los quioscos floridos de Gautier. Y son desgraciados.

Hoy, ya publicada toda la obra de Villiers de l'Isle-Adam, no hay casi vacilación alguna en poder saludarle entre los espíritus augustos y superiores. Si genio es el que crea, y el que ahonda más en lo divino y misterioso, Villiers fue genio.

Nació para triunfar y murió sin ver su triunfo; descendiente de nobilísima familia vivió pobre, casi miserable; aristócrata por sangre, arte y gustos, tuvo que frecuentar medios impropios de su delicadeza y realeza. Bien hizo Verlaine en incluirle entre sus poetas Malditos. Aquel orgulloso, del más justo orgullo; aquel artista que escribía: «¿Qué nos importa la justicia? Quien al nacer no trae en su pecho su propia gloria no conocerá nunca la significación real de esa palabra», hizo su peregrinación por la tierra acompañado del sufrimiento: y fue un maldito.

Según Verlaine, y, sobre todo, según su biógrafo y primo R. du Pontavice de Heussey, comenzó por escribir versos. Despertó a la poesía en la campaña bretona, donde, como Poe, tuvo un amor desgraciado, una ilusión dulce y pura que se llevó la muerte. Es de notarse que casi todos los grandes poetas han sufrido el mismo dolor; de aquí esa bella constelación de divinas difuntas que brillan milagrosamente en el cielo del arte, y que se llaman Beatrice, Lady Rowena de Tremain, y la dama sublime que hizo vibrar con melodiosa tristeza el laúd de Dante Gabriel Rossetti. Villiers, a los diecisiete años, cantaba ya:

*Oh! vous souvenez-vous, forêt délicieuse,
de la jolie enfant qui passait gracieuse,
souriant simplement au ciel, à l'avenir,
se perdant avec moi dans ces vertes allées?
Eh bien! parmi les lis de vos sombres vallées
vous ne la verrez plus venir.²*

Villiers no volvió a amar con el fuego de sus primeros años; esa casi infantil pasión, fue la más grande de su vida.

Advierte Gautier, al hablar en sus *Grotesques* de Chapelein, cómo la familia de éste, contrariando el natural horror que los padres tienen por la carrera literaria, se

² “¡Oh!, ¿recuerdas, floresta deliciosa
la linda niña que cruzaba graciosa
sonriendo al cielo, a los tiempos venideros,
perdida conmigo en estos verdes senderos?
¡Pues los lirios de tus valles umbríos
ya nunca más verán sus bríos!”

propuso dedicarle a la poesía. El resultado fue dotar a las letras francesas de un excelente mal poeta. No fue así, por cierto, el caso de Villiers. Sus padres le alentaron en sus luchas de artista desde los primeros años; por ley atávica existía en toda esa familia el sentimiento de las grandezas y la confianza en todas las victorias. Jamás dejaron de tener esperanza los buenos viejos —principalmente ese soberbio marqués, buscador de tesoros—, en que la cabeza de su Matías estaba destinada para la corona, ya fuese la de los reyes, o la verde y fresca de laurel. Si apenas logró entrever ésta en los últimos días de su existencia —a punto de que Verlaine le llamase *trés glorieux*—, la de crucificado del arte llevó siempre clavada, el infeliz soñador.

Cuando Villiers llegó a París era el tiempo en que surgía el alba del Parnaso. Entre todos aquellos brillantes luchadores su llegada causó asombro. Coppée, Dierx, Heredia, Verlaine, le saludaron como a un triunfante capitán. Mallarmé, dice: «¡Un genio!». Así lo comprendimos nosotros. El genio se reveló desde las primeras poesías, publicadas en un volumen dedicado al conde Alfred de Vigny, luego en la *Revue Fantaisiste* que dirigía Catulle Mendés, dio vida al personaje más sorprendente que haya animado la literatura de este siglo: el Dr. Tribulat Bonhomet. Solamente un soplo de Shakespeare hubiera podido hacer vivir, respirar, obrar de ese modo, al tipo estupendo que encarna nuestro incomparable tiempo.

El Dr. Tribulat Bonhomet, es una especie de Don Quijote trágico y maligno, perseguidor de la Dulcinea del

utilitarismo y cuya figura está pintada de tal manera, que hace temblar. La influencia misteriosa y honda de Poe ha prevalecido, es innegable, en la creación del personaje.

Oigamos a Huysmans: habla de Des Esseintes: «Entonces se dirigía a Villiers de l'Isle-Adam, en cuya obra esparcida notaba observaciones aun sediciosas, vibraciones aun espasmódicas; pero que ya no dardeaban —a excepción de su Claire Lenoir, al menos— un horror tan espantable...»

La historia de *discrète et scientifique personne, dame veuve Claire Lenoir*, que es la misma en que aparece el Dr. Bonhommet, tiene páginas en que se cree ver un punto más allá de lo desconocido.

Shakespeare y Poe han producido semejantes relámpagos, que medio iluminan, siquiera sea por instante, las tinieblas de la muerte, el oscuro reino de lo sobrenatural. Este impulso hacia lo arcano de la vida persiste en obras posteriores, como los *Cuentos crueles*, los *Nuevos cuentos crueles*, *Isis* y una de las novelas más originales y fuertes que se hayan escrito: *La Eva futura*. Espiritualista convencido, el autor, apoyado en Hegel y en Kant, volaba por el orbe de las posibilidades, teniendo a su servicio la razón práctica, mientras tomaba fuerza para ascender y asir de su túnica impalpable a Psiquis. Tullia Fabriana, primera parte de *Isis*, acusa en Villiers, a los ojos de la crítica exigente, exageración romántica.

A esto no habría que decir sino que Tullia Fabriana fue el «Han de Islandia» de Villiers de l'Isle-Adam. Su

vida es otra novela, otro cuento, otro poema. De ella, veamos, por ejemplo, la leyenda del rey de Grecia, apoyados en las narraciones de Laujol, Verlaine y B. Pontavice de Heussey. Dice el último: «En el año de gracia de 1863, en la época en que el gobierno imperial irradiaba con su más fulgurante brillo, faltaba un rey al pueblo de los helenos». Las grandes potencias que protegían a la heroica y pequeña nación a que Byron sacrificó su vida, Francia, Rusia, Inglaterra, se pusieron a buscar un joven tirano constitucional para darlo a su protegida. Napoleón III tenía en esta época voz preponderante en los congresos, y se preguntaban con ansiedad si él presentaría un candidato y si éste sería francés. En fin, los diarios aparecían llenos de decires y comentarios sobre ese asunto palpitante: la cuestión griega estaba a la orden del día. Los noticieros podían sin temor dar rienda a la imaginación, pues mientras que las otras naciones parecían haber definitivamente escogido al hijo del rey de Dinamarca —el emperador, tan justamente llamado «el príncipe taciturno» por su amigo de días sombríos, Carlos Dickens—, el emperador, digo, continuaba callado y haciendo guardar su decisión. Así estaban las cosas, cuando una mañana de principios de marzo, el gran marqués (habla del padre de Villiers) entra como huracán en el triste salón de la calle Saint-Honoré, blandiendo un diario sobre su cabeza y en un indescriptible estado de exaltación que pronto compartió toda la familia. He aquí en efecto la extraña noticia que publicaban esa mañana muchas hojas parisienses: «Sabemos de fuente autorizada que una nueva candidatura al trono de Grecia acaba de brotar. El candidato esta vez es un gran señor francés, muy conocido de todo París: el conde Matías Augusto de Villiers

de l'Isle-Adam, último descendiente de la augusta línea que ha producido al heroico defensor de Rodas y al primer gran maestre de Malta. En la última recepción íntima del emperador, habiéndole a este preguntado uno de sus familiares sobre el éxito que pudiera tener esta candidatura, su majestad ha sonreído de una manera enigmática. Todos nuestros votos al nuevo aspirante a rey». Los que me han seguido hasta aquí se figurarán seguramente el efecto que debió producir en imaginaciones como las de la familia de Villiers semejante lectura, etc. Hasta aquí Pontievce. Sea, pase que haya habido en la noticia antes copiada, engaño o broma de algún mixtificador; pero es el caso que en las Tullerías se le concedió una audiencia al flamante pretendiente, para tratar del asunto en cuestión. He allí que bien trajeado —¡no, ah, con el manto, ni la ropilla, o la armadura de sus abuelos!— fue recibido el conde en el palacio real, por el duque de Bassano. Villiers vivía en el mundo de sus ensueños, y cualquier monarca moderno hubiera sido un buen burgués delante de él, a excepción de Luis de Baviera, el loco. Matías I, el poeta, desconcertó con sus rarezas al chambelán imperial; creyó ser víctima de ocultos enemigos, pensó una tragedia shakespeariana en pocos minutos; no quiso hablar sino con el emperador. *Il vous faudra donc prendre la peine de venir une autre fois, monsieur le comte, dit le duc en se levant; sa majesté était ocupée et m'avait chargé de vous recevoir*³ (Pontavice).

³“Será menester que se tome la molestia de volver otra vez, señor conde, dijo el duque levantándose; su majestad está ocupado y me ha encargado que os reciba.”

Así concluyó la pretensión al trono de Grecia, y los griegos perdieron la oportunidad de ver resucitar los tiempos de Píndaro, bajo el poder de un rey lírico que hubiera tenido un verdadero cetro, una verdadera corona, un verdadero manto; y que desterrando las abominaciones occidentales –paraguas, sombrero de pelo, periódicos, constituciones, etc., la Civilización y el Progreso, con mayúsculas–, haría florecer los viejos bosques fabulosos, y celebrar el triunfo de Homero, en templos de mármol, bajo los vuelos de las palomas y de las abejas, y al mágico son de las ilustres cigarras.

Hay otras páginas admirables en la vida de este magnífico desgraciado. Los comienzos de su vida literaria los ha descrito afectuosa y elogiosamente, Coppée, Mendés, Verlaine, Mallarmé, Laujol; los últimos momentos de su vida, nadie los ha pintado como el admirable Huyssmans. El asunto del proceso con motivo de Perrinet Pecrer, drama histórico de Lockroy y Anicet Bourgeois, dio cierto relieve al nombre de Villiers; pues únicamente una alma como la suya hubiera intentado, con todo el fuego de su entusiasmo, salir a la defensa de un tan antiguo antepasado como el mariscal Jean de l'Isle-Adam, difamado en la pieza dramática antes nombrada. Después el duelo con el otro Villiers militar, que desdeñándole antes, al llegar el momento del combate, le abraza y reconoce su nobleza.

Algunas anécdotas y algunas palabras de Coppée:

Se refiere a la llegada de Villiers al cenáculo parnassiano: «Súbitamente en la asamblea de poetas un grito jovial fue lanzado por todos: ¡Villiers! ¡Es Villiers! Y de

repente un joven de ojos azul pálido, piernas vacilantes, mordiéndose un cigarro, moviendo con gesto capital su cabellera desordenada y retorciendo su corto bigote rubio, entra con aire turbado, distribuye apretones de manos distraídos, ve el piano abierto, se sienta, y, crispados sus dedos sobre el teclado, canta con voz que tiembla, pero cuyo acento mágico y profundo jamás olvidará ninguno de nosotros, una melodía que acaba de improvisar en la calle, una vaga y misteriosa melopeya que acompaña, duplicando la impresión turbadora, el bello soneto de Baudelaire:

*Nous aurons des lits pleins d'odeurs légers,
Des divans profonds comme des tombeaux⁴, etc.*

Después, cuando todo el mundo está encantado, el cantor, mascullando las últimas notas de su melodía, se interrumpe bruscamente, se levanta, se aleja del piano, va como a ocultarse a un rincón del cuarto, y enrollando otro cigarrillo, lanza a su auditorio estupefacto un vistazo desconfiado y circular, una mirada de Hamlet a los pies de Ofelia, en la representación del asesinato de Gonzaga. Tal se nos apareció, hace dieciocho años, en las amistosas reuniones de la rué de Douai, en casa de Cattulle Mendés el conde Augusto Villiers de l'Isle-Adam».

El año de 1875 se promovió un concurso en París, para premiar con una fuerte suma y una medalla, «al autor dramático francés que en una obra de cuatro o cinco

⁴“Tendremos lechos ahítos de aromas sutiles, divanes hondos como sepulcros.”

actos, recordara más poderosamente el episodio de la proclamación de la independencia de los Estados Unidos, cuyo centésimo aniversario caía en 4 de julio de 1876». El tema habría regocijado al doctor Tribulat Bonhomet. Villiers se decidió a optar al premio y a la medalla.

El jurado está compuesto de críticos de los diarios, de Augier, Feuillei Legouv  , Grenville, Murray, del Herald de New York, Perrin y, como presidente de honor, Víctor Hugo. El conde Matías cre   una obra en un terreno prosaico y difícil.

No lo hubiera hecho de distinto modo el autor de los *Cuentos extraordinarios*. En resumen, y naturalmente, no se ganó el premio.

Furioso, fulminante, se dirigió nada menos que a casa del dios Hugo, que en aquellos días estaba en la época más resplandeciente y autocr  tica de su imperio. Entr   y lanzó sus protestas a la faz del César literario, a quien llegó a acusar de deslealtad, y a cuya chochez aludió.

Un señor había allí entre los príncipes de la corte, que se encaró con Villiers y le arrojó esta frase: «  La prohibida no tiene edad, señor!»

Villiers le midió con una vaga mirada, y muy dulcemente respondió al viejo: «Y la tontería tampoco, señor». (Pontavice. Vida de Villiers).

Cuando Drumont hizo estallar su primer torpedo antisemita, con la publicación de la *France juive*, los pode-

rosos israelitas de París buscaron un escritor que pudiese contestar victoriosamente la obra formidable del panfle-tista. Alguien indicó a Villiers, cuya pobreza era conocida; y se creyó comprar su limpia conciencia, y su pluma. Enviáronle con este objeto un comisionado, su-jeto de verbo y elegancia, comerciante y hombre de mundo. Este penetró a la humilde habitación del poeta insigne, le babeó sus adulaciones mejor hiladas, le puso sobre el techo de la sinagoga, le expuso las injusticias persistentes e implacables del rabioso Drumont y, por último, suplicó al descendiente del defensor de Rodas, di-jese cuál era el precio de sus escritos, pues este sería pa-gado en buenos luises de oro inmediatamente. Quizá no habría comido Villiers ese día en que dio esta incomparable respuesta: «¿Mi precio, señor? No ha cambiado desde Nuestro Señor Jesucristo: ¡treinta dineros!»

A Anatole France, cuando llegó un día a pedirle datos sobre sus antepasados:

—«¡Cómo! ¡Queréis que os hable del ilustre gran maes-tro y del célebre mariscal, mis antepasados, así no más, en pleno sol y a las diez de la mañana!».

En la mesa del pretendido delfín de Francia, Naun-dorff, con motivo de un rasgo de soberbia y de desprecio que tuvo aquél para con un buen servidor, el conde F... y en momentos en que este pobre anciano se retiraba llo-rando avergonzado:

—«Sire, bebo por vuestra majestad. Vuestros títulos son decididamente indiscutibles. ¡Tenéis la ingratitude de un rey!».

En sus últimos días, a un amigo:

—«¡Mi carne está ya madura para la tumba!» Y como estas, innumerables frases, arranques, originalidades que llenarían un volumen.

Su obra genial forma un hermoso Zodíaco, impenetrable para la mayoría: resplandeciente y lleno de los prestigios de la iniciación para los que pueden colocarse bajo su círculo de maravillosa luz. En los *Cuentos crueles*, libro que con justicia Mendés califica de «libro extraordinario», Poe y Swift aplauden.

El dolor misterioso y profundo se os muestra, ya con una indescriptible, falsa y penosa sonrisa, ya al húmedo brillo de las lágrimas. Pocos han reído tan amargamente como Villiers. *Le Nouveau Monde*, ese drama confuso en el cual cruza como una creación fantástica la protagonista —obra ante la cual Maeterlinck debe inclinarse, pues si hay hoy drama simbolista, quien dio la nota inicial fue Villiers—, *Le Nouveau Monde*, digo, aunque difícilmente representable, queda como una de las manifestaciones más poderosas de la moderna dramática. El esfuerzo estético principal consiste, a mi modo de ver, en la representación de un personaje como *mistress Andrews* —en el medio norteamericano, de suyo refractario a la verdadera poesía—, tipo rodeado de una bruma legendaria, hasta convertirse en una figura vaporosa, encantada y poética. A Edith Evandale sonrían cariñosa y fraternalmente las heroínas de las baladas sajonas. *La Eva Futura* no tiene precedente ninguno: es obra cósmica y única; obra de sabio y de poeta: obra de la cual no puede hablarse en pocas palabras. Sea suficiente decir que pudieran en su

frontispicio grabarse, como un símbolo, la Esfinge y la Quimera; que la andreida creada por Villiers no admite comparación alguna, a no ser que sea con la Eva del Eterno Padre; y que al acabar de leer la última página, os sentís conmovidos, pues creéis escuchar algo de lo que murmura la Boca de Sombra. Cuando Edison estuvo en París, en 1889, alguien le hizo conocer esa novela en que el Brujo es el principal protagonista. El inventor del fonógrafo quedó sorprendido. «He aquí, dijo, un hombre que me supera. ¡Yo invento; él crea!» *Ellen y Morgane*, dramas. La fantasía despliega sus juegos de colores, sus irisados abanicos. *Akedysseril*, la India con sus prestigios y visiones; coros de guerreras y guerreros, el himno de Iadnour-Veda y la palabra de la felicidad; evocaciones de antiguos cultos y de liturgias suntuosas y bárbaras; sacrificios y plegarias; un poema de Oriente, en el cual la reina Akedysseril aparece hierática y suprema vencedora, en su esplendorosa majestad.

No cabría en los límites de este artículo una completa reseña de las obras de Villiers; pero es imposible dejar de recordar a *Axel*, el drama que acaba de representarse en París, gracias a los esfuerzos de una noble y valiente escritora: Madame Tola Dorián.

Axel es la victoria del deseo sobre el hecho; del amor ideal sobre la posesión. Llégase hasta renegar —según la frase de Janus— de la naturaleza, para realizar la ascensión hacia el espíritu absoluto. Axel, como Lohengrin, es casto; fin de esa pasión ardorosa y pura, no puede tener más desenlace que la muerte.

Ese poema dramático, escrito en un luminoso, diamantino lenguaje, representado por excelentes artistas,

y aplaudido por una muchedumbre de admiradores, de poetas, de oyentes escogidos –sin que dejase de haber, según las crónicas, gentes *malfolâtres*, como diría el inmortal maestro–, hubiera sido para él conquista soberana en vida. Mas quien fue tan desventurado, no tuvo ni esa realización de uno de sus más fervientes deseos, en tiempos en que se ponía los pantalones de su primo y tomaba por todo alimento diario una taza de caldo.

En 1889, en el establecimiento de los hermanos de San Juan de Dios, de París, el conde Matías Augusto de Villiers de l'Isle-Adam, descendiente de los señores de Villiers de l'Isle-Adam, de Chailly, originarios de la Isla de Francia; quien tuvo entre sus antepasados a Pedro, gran maestre y portaoriflama de Francia; a Felipe, gran maestre de la orden de Malta y defensor de la isla de Rodas en el sitio impuesto por la fuerza de Solimán, y a Francisco, marqués, *grand louvetier de France*, en 1550; se unía, en matrimonio, en el lecho de muerte, a una pobre muchacha inculta, con la cual había tenido un hijo. El reverendo padre Silvestre, que había ayudado a bien morir a Barbey d'Aurevilly, casó al conde con su humilde y antigua querida, la cual le había amado y servido con adoración en sus horas amargas de enfermo y de pobre, y el mismo fraile preparóle para el eterno viaje. Luego, después de recibir los Sacramentos, rodeado de unos pocos amigos, entre los cuales Huyssmans, Mallarmé y Dierx, entregó su alma a Dios el excelso poeta, el raro artista, el rey, el soñador. Fue el 20 de agosto de 1889. *Sire, va oultre!*

RUBÉN DARÍO

Los Raros, 1896

Historias insólitas

LOS AMANTES DE TOLEDO

A Émile Pierre.

¿Hubiera sido justo que Dios castigara
al Hombre con la Dicha?

*Una de las respuestas de la Teología
Romana a la objeción contra el Pecado Original.*

Un amanecer oriental enrojecía, en Toledo, las gráficas esculturas del frontis del Tribunal y, particularmente, la del *Perro con hachón encendido en su boca*, el escudo de armas del Santo Oficio.

Dos frondosas higueras daban sombra al bronceo pórtico: traspasado el umbral, los cuadriláteros del enlosado ascendían a las entrañas del palacio; enmarañamiento de profundidades calculadas sobre sutiles desvíos del sentido de subidas y bajadas. Estas espirales se perdían, unas, en la salas de consejo, en las celdas de los inquisidores, en la capilla secreta, en los ciento sesenta y dos calabozos, en el huerto incluso y en los aposentos de los familiares; otras, en largos corredores, fríos e interminables, hacia distintos retiros, en los refectorios, en la biblioteca.

En una de esas cámaras, cuyo rico mobiliario, colgaduras cordobesas, arbustos e iluminadas vidrieras contrastaban con la desnudez de las otras estancias, se hallaba, de pie, este amanecer, calzado con sandalias, en el centro del rosetón de una alfombra bizantina, las manos juntas, los dilatados ojos fijos, un enjuto anciano, de estatura gigantesca, ataviado con túnica blanca que llevaba grabada una cruz roja y largo manto negro sobre los hombros, tocado con birrete negro y con un rosario metálico en la cintura. Parecía tener más de ochenta años. Macilento, quebrado por las maceraciones, herido, sin duda, por el cilicio invisible que siempre llevaba consigo, examinaba una alcoba en la que se hallaba, festoneada y envuelta en guirnaldas, una cama opulenta y mullida. Este hombre tenía por nombre Tomás de Torquemada.

A su alrededor, en el inmenso palacio, un pavoroso silencio caía de las bóvedas, un silencio compuesto por los mil resuellos sonoros del aire que las piedras congelaban incesantemente.

De pronto, el Inquisidor General de las Españas tiró del aro de un timbre cuyo sonido no se oyó. Un monstruoso bloque de granito, con sus colgaduras, se abrió en el macizo muro. Tres familiares, con las cogullas gachas, aparecieron saltando de una angosta escalera excavada en la noche, y el bloque se cerró de nuevo. ¡Todo en apenas dos segundos, visto y no visto! Pero esos dos segundos bastaron para que un resplandor rojo, refractado por alguna estancia subterránea, iluminara el aposento, y para que una confusa ráfaga de gritos tan desgarradores,

tan agudos, tan espantosos —que no permitían distinguir ni adivinar la edad o el sexo de quienes los emitían—, traspasó el bostezo de esta puerta, como una lejana bocanada del infierno.

Luego, el sombrío silencio, los gélidos silbidos, y, en los corredores, los ángulos de luz sobre las solitarias baldosas que regularmente acusaban las pisadas de las sandalias inquisitoriales.

Torquemada masculó algunas palabras.

Uno de los familiares salió y, unos instantes después, entraron y se colocaron ante él, dos lindos adolescentes, casi infantes aún, un muchacho y una muchacha (dieciocho él, dieciséis ella). La distinción de sus rostros y de sus personas acreditaba su elevada prosapia y sus maneras —de la más noble elegancia, apagadas y suntuosas— revelaban lo encumbrado de sus linajes. Diríase los amantes de Verona transportados a Toledo: ¡Romeo y Julieta! Con un sonrisa de inocencia sorprendida —un tanto encarnados por encontrarse juntos—, ambos contemplaban al venerable anciano.

—Dulces y queridos muchachos —dijo, imponiéndoles las manos, Tomás de Torquemada— os venís amando desde hace casi un año (lo que es mucho para vuestra edad), y con un amor tan casto, tan profundo, que trémulos, cara a cara, y con la mirada baja en la iglesia, no os atrevéis a confesároslo. Por tal motivo, sabiéndolo, os he hecho venir esta mañana, para uniros en matrimonio, lo que ya se ha consumado. Vuestras esclarecidas y pu-

dientes familias han sido advertidas de que sois esposo y esposa y el palacio en que se os aguarda está preparado para el banquete de bodas. Ahí estaréis muy pronto, y viviréis según vuestro rango, rodeados, en el futuro, qué duda cabe, por hermosos retoños, flor de la cristiandad.

“¡Hacéis bien amándoos, tiernos corazones de elección! ¡También yo conozco el amor, sus efusiones, sus lágrimas, sus zozobras, sus celestiales agitaciones! ¡Mi corazón se consume de amor, pues el amor es la ley de la vida, es el sello de la santidad! ¡Si me he hecho cargo de vuestra unión, no es, ay, sino para evitar que la esencia misma del amor, Dios, se vea inquietado en vosotros por las codicias carnales, por las concupiscencias que las largas esperas en la legítima posesión mutua de los novios pueden encender en sus sentidos! ¡Vuestras súplicas corrían el peligro de extraviarse! ¡La contumacia de vuestras ensoñaciones iba a entenebreecer vuestra pureza original! ¡Sois dos ángeles que, para recordar lo que es REAL en vuestro amor, estáis ávidos, ya, de aplacaros, de embotaros, de extenuar sus delicias!

“¡Sea así! Estáis en la Cámara de la Dicha; pasaréis aquí solamente las primeras horas conyugales, luego, bendiciéndome, espero, por haberos entregado a vosotros mismos, esto es, a Dios, volveréis a vivir la vida de los hombres, según la posición que Dios os asignó.”

A una mirada del Inquisidor General, lo familiares, rápidamente, desnudaron a la encantadora pareja, que presa del estupor –un tanto arrebatado– no opuso ninguna resistencia. Colocados cara a cara, cual juveniles

estatuas, los envolvieron a toda prisa, uno contra el otro, con largas cintas de cuero perfumado que ciñeron con suavidad; después, los llevaron, en posición horizontal, labio contra labio y pecho contra pecho, bien sujetos, al tálamo nupcial, en un abrazo sutilmente inmovilizado por las ataduras. Un instante después, los dejaron solos, con su vehemente deleite —que no tardó en imponerse a su desconcierto— y tan grandes fueron las delicias de las que gozaron, que entre extraviados besos se decían quedamente:

—¡Oh, si esto pudiera durar siempre...!

Pero nada, aquí abajo, es eterno, y su dulce abrazo, ¡ay!, *no duró más que cuarenta y ocho horas.*

Entonces, penetraron los familiares, abrieron de par en par las ventanas al aire puro del jardín: soltaron las ataduras de los novios, un baño, indispensable en su situación, los despejó, y fueron encerrados en celdas contiguas. Una vez vestidos, tambaleantes, lívidos, mudos, graves, con la mirada perdida, apareció Torquemada y el sobrio anciano, estrechándoles en un supremo abrazo, les dijo al oído:

— Ahora, hijos míos, que habéis experimentado la dura prueba de la Dicha, os devuelvo a la vida y a vuestro amor, puesto que creo que vuestras súplicas a Dios no serán, en lo sucesivo, objeto de tantas distracciones como en el pasado.

Un alguacil los reintegró a su palacio, en fiestas, donde eran esperados; corrieron rumores de dicha...

Únicamente, en el banquete de bodas, todos los nobles convidados observaban, sorprendidos, entre ambos esposos, una suerte de rigidez incómoda, palabras escatimadas, miradas reticentes, sonrisas frías.

Vivieron, separados casi, en sus respectivos aposentos, y murieron sin descendencia, pues, si no hay que guardarse nada, no se besaron más, por temor... ¡POR TEMOR A QUE NO SE REPITIERA!

EL AGITADOR

A René d'Hubert.

Y he sabido que todo es vanidad de vanidades,
y que la palabra misma, es también vanidad.
ECLESIASTÉS.

En la primavera del año 1887, una auténtica epidemia de sensibilidad se abatió sobre la capital y causó estragos hasta la canícula. Una especie de corriente de nerviosismo elegíaco se comunicó a los temperamentos más bastos, castigando, con especial virulencia, a las novias, a las queridas, a las esposas, incluso, separadas por un repentino óbito. Enloquecidas escenas de “desesperación” absolutamente indigna de personas modernas se prodigaban cada día en el transcurso de cientos y cientos de exequias, llegando, en los cementerios, en ocasiones, a desconcertar a los sepultureros hasta el punto de obstaculizar sus operaciones. Luchas cuerpo a cuerpo se produjeron entre estos y el crecido número de deudos. Los diarios no cesaban de hablar de amantes, de esposos, incluso, aniquilados por la emoción hasta el extremo de dejarse caer en la fosa de sus queridas difuntas, negándose a salir, aferrándose al ataúd y exigiendo una inhumación conjunta. Estas crisis, estas trágicas *arias*, contra las que

protestaban, quedamente, el orden público y las buenas costumbres, se producían con una frecuencia tal que los enterradores incurrían en distracciones, con los consiguientes retrasos, acumulaciones, cambios, etc.

Sin embargo, ¿cómo prohibir o castigar estos accesos que, por más incorrectos que fueran, resultaban tan involuntarios como respetables?

Para eludir estos molestos inconvenientes, acabaron dirigiéndose a la célebre “Academia libre de los Innovadores a toda costa”.

Su presidente-fundador, el joven y sobrio Juste Romain (este espíritu progresista, rectilíneo y libre de prejuicios, cuyo elogio está por hacer), respondió, a toda prisa, que se lo pensaría.

Pero dado que las mentes de estos señores se revelan, en esto, particularmente tardígradas, estériles y siempre retardatarias, hubo que adoptar, de urgencia, unas medidas cualesquiera (la Parca no esperaba), a falta de otras mejores.

De este modo, se construyeron artefactos cuyo solo aspecto parecía concebido, en verdad, para calmar y enfriar las demasiado líricas expansiones de los lamentos propios de las almas lánguidas: sin ir más lejos, esas ingeniosas máquinas, llamadas funiculares (operativas hoy en nuestros principales camposantos) y gracias a las cuales somos, en la actualidad, enterrados de un modo mecánico, lo que resulta más expeditivo (e incluso más

limpio) que los entierros manuales, y también más moderno. Con tres vueltas de gato, una grúa de cuerdas los deposita a usted y a su ataúd, en el hoyo, cual fardo. —¡Crac!, se vuelca una carretada de tierra: ¡burrún!, y hecho. Borrado de la faz del mundo. Luego, se desplaza hasta la abertura vecina: idéntica operación y otro más. Sin esta celeridad, en vista de la afluencia y de las cifras siempre crecientes de la población, la administración agotaría inútilmente a sus enlutados empleados. El siniestro personal de Pompas Fúnebres no daría abasto y el servicio se resentiría.

Sin embargo, este vago remedio *físico* se reveló, en su clase, de una ineficacia apreciable; y dado que diversos accidentes tornaron inoportuno su uso (al menos, en esas circunstancias excepcionales), se buscaba “otra cosa”, cuando cundió el rumor de que un desconocido genial había dado, en este momento, con el expediente.

Tiempo después, una fresca mañana soleada, entre las prolongadas vecindades de dos taludes verdeantes, avanzaba, sobre una carroza tirada al paso por dos lóbregos caballos, una acumulación de violetas, de brezos blancos, de rosas de té y de nomeolvides. Esto ocurría en la carretera del cementerio de uno de nuestros arrabales.

Los flecos de las cintas mortuorias centelleaban, escarchados de plata, en torno a esta ambulante cosecha floral que convertía al coche fúnebre en un monstruoso ramo, detrás del cual, aislado tres pasos más allá del largo séquito de peatones y de coches, marchaba destocado y con el pañuelo en la cara, ¿quién? Pues no otro

que Juste Romain. Acaba de experimentar una prueba, a su vez: en menos de veinticuatro horas, su mujer, su tierna esposa, había sucumbido...

A los ojos de la opinión, seguir, en persona, la comitiva de una esposa idolatrada constituía una inconveniencia. Pero, en tales momentos, Juste Romain ignoraba al mundo. Al cabo de, apenas, cinco meses de delicias conyugales, ¡ay!, ver extinguirse a su única, a su más preciada mitad, a su en exceso pasional consorte. Habida cuenta, ¡ah!, de que la vida en adelante no le iba a saber a nada, ¿no debería, ciertamente, sustraerse a ella?... ¡La pena lo confundía hasta el extremo de que sus funciones sociales no le merecían más que una risa socarrona! ¡Bastante se le daban a él, ahora, los caminos, canales y puentes!... Naturaleza nerviosa, experimentaba muchos transportes lancinantes, producidos por la rememoración de mil goces perdidos para siempre. Y su pesar se avivaba, aumentaba, se abultaba a causa de la solemnidad ambiente, de la precedencia que tenía el honor de ocupar, respecto de sus semejantes, inmediatamente detrás del suntuoso coche fúnebre, de primera calidad, y del que algo de la majestad de la Muerte parecía proyectarse sobre él y su dolor, “estilizándolos”. Pero la íntima simplicidad de su pesar, al verse falsificada por ese sentimiento teatral, se emponzoñaba a cada paso, hasta tornarse intolerable. Una violenta sensación de ridículo acabó por liberarlo de la afectación de su vanidosa pesadumbre.

Resistió bien, empero; y, a pesar de que la emoción hizo que le temblaran las piernas, rehusó, en repetidas

ocasiones, durante el trayecto, con un “¡No, déjeme...!” casi impaciente, el amable auxilio que se le ofrecía. Ahora, se acercaba... y, al observarlo, los invitados de las primeras filas, comenzaron a temer que determinados detalles definitivos —como, por ejemplo, el particular zumbido de la primera paletada de tierra y las piedras al caer sobre la madera del ataúd— no le impresionaran después de un modo peligroso. Ya se hacían visibles las altas formas de los panteones, los perfiles... La inquietud era general.

De repente, un mozuelo de unos veinte años abandonó su puesto en el fúnebre desfile. Vestido de elegante duelo, avanzó, provisto de un ramo de rosas rojas, rodeadas de siemprevivas. Sus cabellos dorados, su gentil porte, sus ojos anegados en lágrimas lo avalaban. Adelantando al presidente de honor de los Innovadores a toda costa, avanzó, con dolor aún más contenido, hasta cerca de la floral carroza. Colocado que hubo su ramo entre los demás, justo en la conjeturada cabecera de la finada, apoyó su mano en el varal del coche mientras un sollozo sacudía su pecho. El estupor de ver la intensidad de su propio pesar compartido por un desconocido, cuyo hermoso semblante, por lo demás (no sabía a ciencia cierta la razón) le hería en lo vivo hasta el punto de disipar su simpatía, hizo que el ingeniero, afianzándose de pronto en su posición y enarcando las cejas, enjugara sus párpados —bruscamente menos acuosos.

“Algún pariente, claro está, del que Victurnienne nunca me habló”, pensó.

Al cabo de algunos pasos y como los sollozos del joven “pariente” no cesaban en comparación con los del marido que, como por ensalmo, habían enmudecido:— ¡Da igual, es chocante que nunca lo viese en casa! —murmuró con los dientes un poco apretados.

Y aproximándose al desconocido galán:

— Señor, ¿acaso es usted primo de la difunta?, preguntó quedamente.

— ¡Ay, señor, *más que un hermano!*, balbució el adolescente, cuyos dilatados ojos azules permanecían fijos.

“¡Nos queríamos tanto! ¡Qué encanto! ¡Qué donosura! ¡Qué gracia! ¡Y qué corazón fiel!... ¡Ah, si este triste matrimonio de conveniencia, que nos... ¿Pero qué digo? Estoy tan trastornado...”

— El marido soy yo, señor; ¿quién es usted? —articuló J. Romain, sin dejar de hablar entre dientes, pero lívido por momentos.

Estas simples palabras parecieron surtir un efecto voltaico sobre el rubiales recién llegado. Se enderezó con rapidez, frío y sorprendido. Ninguno de los dos lloró más.

—¿Qué? ¿Cómo, usted es... es usted el... ¡Ah!, reciba mis sentidas condolencias, señor: lo hacía en su casa, según es costumbre... más tarde, esta noche, no lo dude, le daré explicaciones... yo, mil perdones, pero...

Pasó un cabriolé; el imprudente joven se encaramó en él y ordenó al cochero: al oído “¡Siga, al galope! ¡Todo recto, diez francos de propina!”.

Estupefacto, sin poder abandonar su lúgubre sitio ni perseguir al ya distante Don Juan sentimental, el insigne Innovador Juste Romain, sin embargo, merced a la agudeza visual de los maridos sombríos, distinguió y tomó nota del número de matrícula del vehículo.

Una vez en el camposanto, la concurrencia, en derredor de la florida tumba, admiró el porte firme y contenido —que sus mismos amigos no se habían atrevido a esperar— con el cual despachó las postreras, las más siniestras formalidades. Todos y cada uno quedaron impresionados del dominio de sí que acreditó; la consideración de la que gozaba como hombre grave se acrecentó, hasta el extremo de que varios, acto continuo, resolvieron confiarle, en adelante, sus intereses y de que el eterno “aguafiestas” de todas las reuniones, conmovido ante el valor de Juste Romain, le dirigió aturdidamente una felicitación punto menos que intempestiva.

Huelga decir que tan pronto como pudo, el ingeniero se despidió a la inglesa de los circunstantes, corrió a la entrada del cementerio, saltó dentro de uno de los coches, facilitó aceleradamente sus señas y, encerrándose tras de los cristales subidos, cruzó y descruzó veinte veces, por lo menos, sus piernas, durante el trayecto.

De regreso a su casa, lo primero que vieron sus errabundos ojos, fue, sobre la mesa del salón, un enorme

sobre cuadrado que tenía escrito en grandes caracteres:
“COMUNICACIÓN URGENTE.”

Abrirlo fue cosa de un segundo. Y he aquí su contenido:

París, 1 de abril de 1887.

ADMINISTRACIÓN
de
POMPAS FÚNEBRES
GABINETE DEL DIRECTOR

SEÑOR,

En virtud de la orden ministerial de fecha 31 de febrero de 1887, constituye para nosotros un deber el participarle que —para el ejercicio correspondiente al año en curso—, la administración se ha dotado de un cuerpo, denominado de agitadores o plañideros, encargado de prestar servicios en las inhumaciones cuyo ceremonial se nos confíe. Esta medida, de una modernidad absoluta, se establece a título de innovación de todo punto humanitaria; se ha adoptado como consecuencia de las conclusiones de la Facultad de Fisiología, sancionada por los prácticos forenses de París, y notificada con la misma fecha.

Acreditada la Neurosis endémica, agravada hasta la Histeria, que estos días azota nuestra población, y con objeto, también, de evitar los casos de jóvenes viudos víctimas ostensibles de dolores asaz agudos a causa de su difuntas esposas y que contra lo que es costumbre se arriesgan, en su presencia, a arrostrar las rigurosas pe-

ripecias de precipitarse a la tumba, se ha establecido que, a criterio de un facultativo, destacado de oficio en las exequias, si considera que el consorte que permanece pie a tierra ha alardeado en exceso de sus fuerzas y a fin de ahorrarle crisis nerviosas, ataques cerebrales, síncope, convulsiones y comas eventuales, en suma, cualquier manifestación inútilmente dramática y que pueda llevar aparejada diversidad de desórdenes suficientemente intensos como para alterar el normal desarrollo de la inhumación, le será asignado uno de nuestros nuevos operarios, denominados *Agitadores*, con el fin de producirle, según su temperamento, una distracción moral (análoga a los revulsivos y moxas en el orden físico). Esta distracción, al causar impresión en la imaginación del superviviente y al suscitar en él sentimientos insospechados, le permitirá hacer frente fría e inconscientemente a las penosas exigencias de la situación.

Señor, el rubio mozalbete de esta mañana era precisamente uno de estos empleados; vano resultaría asegurarle que nunca vio ni trató a su... puede usted llorar a sus anchas en su domicilio, sin menoscabo, en adelante, para el orden público.

Nuestros clientes no incurren en ningún coste adicional, pues los honorarios del plañidero están incluidos en los gastos generales que constan en factura

Reciba, etc.

El Director,
POISSON.

Sin vacilar, recuperado del desvanecimiento que le causó esta circular, el sobrio posibilista Juste Romain, sin consideración alguna a las fechas señaladas en la misma, envió, mediante carta certificada, su dimisión como presidente—fundador de la Sociedad de Innovadores a toda costa. Acto seguido, quiso retar a duelo al Ministro de la Gobernación y al Director de Pompas Fúnebres, previo el estrangulamiento del joven esbirro.

¿Pero el tiempo y la reflexión no lo arreglan todo?

LA LEYENDA MODERNA

A Charles Lamoureux.

¡Adelántate a ti mismo! Y si la tierra que buscas
no ha sido creada aún, Dios hará surgir de la nada mundos
que te están destinados, a fin de justificar tu atrevimiento!

Palabras de Isabel la Católica a Cristóbal Colón.

Era una noche de invierno, hace de esto treinta años.
Un forastero de paso, un joven artista, célebre como es
lógico, sin un ochavo, solo como la una, se hallaba per-
dido en París, en un gélido tugurio de la calle Saint-Roch.

La inexorable miseria acosaba, desde hacía largos
meses, a este bohemio desconocido, hasta el punto de
obligarle a prodigar, así cayeran chuzos de punta, a razón
de dos francos la hora, edificantes lecciones de solfeo, de
balde la mayor parte de las veces. Llegó incluso a perpe-
trar, a la vista de tres eventuales ochavos, “oberturas o
preludios” para alguna astracanada que los empresarios
de las afueras le permitían, a veces, desafinar con dobles
cuartetos en cualquier teatrúcho. El resto del tiempo se
complacía en oírse regalado con el título de LOCO por
los ilustres transeúntes que se le acercaban; ninguno de

los cuales llevaba su condescendencia hasta el extremo de llamarlo con un enfático “tío” o “chiquitín”; se trataba de personas equilibradas, esto es, dotadas de esa esterilidad del buen gusto que, engréido por una presunción encallecida, caracteriza a las personas completamente razonables.

Esta alma en pena, que tantos desocupados hubieran declarado a punto para el suicidio, estaba sentado, esta noche, ante un distinguido comerciante, quien, con las piernas cruzadas frente a él, lo observaba, movido por una piedad sincera, a la luz de una triste candela, sonriéndole con aire familiar.

Este interlocutor circunstancial no era otro (el destino ofrece estos contrastes) que uno de nuestros más vistosos Tenderos —el más simpático, el más notable, acaso—, aquel, en fin, cuyo solo nombre, hace latir de legítima emulación, en la Francia actual, tantos corazones. Varón tan excelente había suplicado largamente a su amigo que *aceptara* (¡no hay palabras!) alguna calderilla que una vez recibida otorga —con la aprobación de todos— al desprendido prestamista el derecho a ahorrarse cualquier ceremonia con quien jamás soñó en obtenerla. Para el libérrimo millonario, la aventura ascendía a cincuenta y cuatro francos, adelantados, sin aval, en cinco entregas, por temor al derroche artístico. Así, miraba a su deudor (camarada, en adelante), el cual, desde ese momento, había pasado a ser, en la consideración de su Bienhechor, un simple “fenómeno”, para usar una feliz expresión burguesa.

Súbitamente, levantando la cabeza, el desconocido, fijando sobre su “amigo” sus quietas pupilas, procedió a notificarle, con la más grande sangre fría, los disparates que siguen:

– ¡Oh!, cinco veces sensible y servicial amigo, ¿quién soy yo, ¡ay!, para merecer la ostensible simpatía con la que me colmas? ¡Un músico!, ¡un musicastro!, ¡el último de los vivos!, el oprobio del linaje humano. Pues bien, en compensación, permítame ofrecerte una franca confianza. Si te rebajas a escucharla distraídamente, el sentido de lo que te voy a anunciar se te escapará con toda probabilidad; pues nadie comprende, aquí abajo, más que lo que puede RECONOCER, pero como en punto a inteligencia eres un desierto en el que el mismo estruendo del trueno se dilataría en la esterilidad del espacio, tengo motivos para temer perder el tiempo contigo. ¡Aun así, hablaré!

– ¡Qué ingratos, todos esos artistas! –murmuró para su colete el severo industrial.

– He aquí, no obstante, retomó el Desagradecido, lo que me propongo realizar de aquí a pocos años, siendo uno de los que viven hasta la Hora Divina...

(Estas dos últimas palabras hicieron estremecerse, a su pesar, al comerciante de un modo extraordinario: una viva inquietud –que ¡ay! se suscitaría de inmediato– se dibujó en la recelosa mirada con la que envolvió, desde ese momento, a su musicastro favorito.)

– No ignoras, ¿verdad? –prosiguió el extranjero– que ciertos hombres aparecieron, EN MI PATRIA, llamados Orfeo, Tirteo, Gluck, Beethoven, Weber, Juan Sebastián Bach, Mozart, Pergolesi, Palestrina, Rossini, Haendel, Berlioz y otros más. Figúrate que estos hombres son los reveladores de la misteriosa Armonía a la raza humana, la cual, sin ellos, privada incluso del millón de abyectos imitadores que los plagiaron con lucrativas parodias, estarían conteniendo la risa. Pues bien, mi “alma”, la mía (no te escandalices demasiado, querido hermano, ante esta anticuada expresión), mi “alma”, racional camarada, vibra por completo con los acentos de una magia NUEVA –presentida, únicamente, por esos hombres–, y cuyas musicales maravillas resulta que solo yo puedo articular.

“Ese es el motivo de que, tarde o temprano, la Humanidad haga por mí –a quien moteja, en la hora actual, de orate– lo que nunca ha hecho por ninguno de estos precursores.

“Sí, los más grandes, los más augustos, los más poderosos de nuestra raza –en pleno siglo de las luces, para hacer uso de tu sugerente expresión, mi eternal amigo– estarán orgullosos de realizar, según de mi deseo, el sueño que pergeño y que he aquí... (Esfuézate, si cabe, en no poner límite a tus liberalidades prodigándome la de tu descuido y tu Ingrato va, como le corresponde, a distraerte.. casi por tu dinero. Y digo *casi*, habida cuenta, lo sé bien, de que mi misma vida, sacrificada a la menor de tus fantasías, no bastaría a satisfacer, a *tus* ojos, todos tus favores.)

“Ha de llegar la hora, después, en que los reyes, los victoriosos emperadores occidentales, los príncipes y los generales olvidarán, a fuerza de victorias, los antiguos cantos marciales de sus países, para celebrar esos enormes y terribles triunfos (y esto en el grito fulgurante de las fanfarrias de sus ejércitos) CON LOS DESAFINADOS VIOLINES DE MI INSANIA... Todos esos músicos no entonarán, en la hora de la victoria, otros cantos de gloria que mis ELUCUBRACIONES. Una vez obtenido ese primer “éxito”, años después, rogaré a esos todopoderosos príncipes, reyes, generales y ancianos emperadores que se tomen la molestia de venir a escuchar una de mis más *nebulosas* PRODUCCIONES. No vacilarán en abandonar sus negocios políticos del mundo, a horas solemnes, para acudir, en la fecha fijada, a mi cita. Y yo los apiñaré, con cuarenta grados a la sombra, alrededor del arriate de un Teatro que haré edificar a mi antojo, tanto a sus expensas como a las de mis amigos y enemigos. Estos envarados exterminadores escucharán, a despecho de cualesquiera otras preocupaciones, con recogimiento, durante horas y horas, ¿qué?... MI MÚSICA. Para pagar a los constructores del edificio, convocaré desde los confines de la tierra, del Japón y del Oriente, de todas las Rusias y de las dos Américas, a varios millares de oyentes —¡amigos, enemigos, tanto da!— Acudirán, igualmente, abandonando, sin un lamento, a sus familias, sus hogares, patrias, intereses financieros (¡FI-NAN-CIE-ROS!, ¿comprendes, digno, inefable amigo?), desafiando naufragios, peligros y distancias para escuchar, durante cientos de horas consecutivas, al precio de cuatrocientos o quinientos francos por butaca... ¿qué?... MI MÚSICA.

“Mi exclusivo Teatro se levantará, en Europa, sobre alguna montaña que domine la ciudad que mi capricho, enalteciéndola por siempre jamás, inmortalizará. Allí, mis invitados serán recibidos con salvas de cañón, con rabiosos tambores, con triunfales toques de clarines, con repiques de campana, con flameos de estiradas banderas. Y, a pie, enjugándose el sudor de la frente, confusamente, las precitadas Altezas y Majestades, todos, escalarán fraternalmente mi montaña.

“Entonces, como abrigo el temor de que la furia de su entusiasmo –sin parangón en los fastos de nuestra especie– dañe la intensidad de la impresión que, ante todo, debe dejar MI MÚ-SICA, violentaré la desvergüenza hasta PROHIBIR LOS APLAUSOS.

“Y todos, por respeto a ESTA música, dejarán para el final de la Obra la completa plenitud de su exaltación. Un número considerable de los mismos, aceptarán, incluso, ser, en mi patria, los representantes de una nación vencida por la mía y sangrante aún y, en nombre del Espíritu humano, sordos a los brindis circundantes dirigidos contra sus países, tendrán la magnanimidad de aclamarme. Los cantantes más perfectos, los intérpretes más insignes (tan interesados, de ordinario, y por esto mismo) olvidarán, para la ocasión, cualquier compromiso, ganancia, *fuegos* y dividendos, por el simple honor de interpretar, gratuitamente, ¿qué?, MI MÚ-SICA.

“Y, cada año, reanudaré el milagro de esta fiesta insólita que se perpetuará incluso después de mi muerte como un suerte de peregrinación piadosa. Y aquellos que

pasen un número de horas en mi teatro, de vuelta a su país regresarán con el corazón ensanchado y fortalecido por la mera audición ¿de qué?... ¡de mi MÚ-SICA! Y, todos, en el momento de la despedida, no tendrán otra plan que de REGRESAR AL AÑO SIGUIENTE.

“Y lo más misterioso es que, ante esos hechos consumados, nadie, entre los tuyos, *encontrará nada extraordinario en todo esto.*

“Y, en fin, cuando estos mismos que, por todo el mundo, detestan, desde la cuna, MI MÚSICA estén tan acorralados como para verse, a pesar de todo, obligados a aplaudirla, so pena de pasar por necios malhechores, es decir, de ser *señalados*, juro y perjuro que MI MÚSICA resistirá a su fingida y deshonrosa admiración: ¡y que entonces su secreta rabia, enloquecida, terminará por elevar esta música a la categoría de un CASO DE GUERRA! Pues es de todo punto necesario que determinados pueblos no puedan entenderla.

“Sí, mi apreciado paño de lágrimas, he aquí el sueño que materializaré en pocos años, cuando le mera explotación de mi obra intelectual alimentará, *físicamente*, en todo el orbe, a miles y miles de individuos.

“Y para compensarte por haber tenido la bondad de escuchar —en vano, por lo demás— el profético proyecto, voy a firmarte, en el acto, por más que no lo desees, una espléndida butaca que revenderás muy cara, cuando llegue el día.

Ante estas incoherentes palabras, el hipersensible Industrial, que había escuchado hasta aquí embobado, se levantó silenciosamente, con los ojos arrasados en lágrimas. ¿Pues hay algo más triste, incluso a los indiferentes ojos del tratante, que el espectáculo de una inteligencia “amiga” que se abisma en la demencia? El generoso Mecenas sufría sinceramente, y a duras penas el sentimiento de esta indiscutible supremacía que ejercerá siempre, esperémoslo, el rico Sentido común sobre el Pensamiento pobre, calmaba un tanto, en el hondón de su alma, la amargura de su consternación. Entre dolorosos hipidos, rogó a su bohemio amigo a que guardara cama. Viendo que su sugerencia no mereció más que una suave sonrisa, se arrojó, cumpliendo con su deber, de la estancia (con el corazón en un puño) y corrió a toda prisa en busca de varios médicos alienistas para encerrar en Bicêtre, esa misma noche, vista la urgencia, a su infeliz protegido.

Cuando dos horas más tarde reapareció, seguido de tres facultativos, acompañados de unos celadores pertrechados de cuerdas (pues hay que constatar en su elogio que cuando se trata de prestar esta clase de servicios a las inteligencias artísticas perturbadas a fuerza de penurias, el Burgués sabe consagrarse, más de la cuenta, incluso, ¡y no escatima ni tiempo ni gastos!), cuando, decíamos, el noble corazón regresó con su escolta el lamentable orate había desaparecido.

En el curso de la investigación, los agentes de policía, mal informados sin duda alguna –reproducimos su testimonio de memoria–, pretendieron que el exaltado se dirigió tranquilamente, instantes después de la huida de

su “amigo”, hacia la estación de Strasbourg y que tomó, inadvertidamente, el tren de las 9 horas y cuarenta minutos con destino a Alemania.

Luego, naturalmente, el silencio se hizo sobre él.

Hoy, su parisino benefactor (quien, el semestre siguiente recibió una orden de pago de *doscientos* francos de un deudor anónimo) se pregunta aún en ocasiones, con un suspiro y una sonrisa de pesar, en qué jaula de locos la “gente decente” de allá hubo de encerrar, nada más llegar, a su pobre monomaniaco “que, a menudo, a pesar de todo, lo había *divertido* y cuyo nombre había olvidado”. Tampoco lamenta —agrega—, el hecho de haberlo alimentado con la fruslería de... ¡puf!, ¿mil o, quizás, dos mil francos?, a los que se obligó en mano.

“¡Basta! ¡A la cuenta de pérdidas y ganancias!, concluyó con esa festiva despreocupación que revela, a su pesar, la desmedida espontánea liberalidad de su temperamento y le granjea, cada día, con razón, tantas recíprocas simpatías.

UNA ENTREVISTA EN SOLESMES

Al Doctor Albert Robin.

He peleado la buena pelea.

SAN PABLO⁵.

Hace algunos años, hube de visitar, en pos de investigaciones arqueológicas, la abadía de los benedictinos de Solesmes.

Un día de otoño, al recibo de una carta de presentación ante el abad de ese claustro, el Reverendo Padre Guéranger, abandoné París. Al día siguiente, por la mañana, me hallaba en Sablé, a una hora de camino de la abadía.

Me apeé, para asearme, en ese hotel de la plaza mayor cuyo sorprendente letrero desató mi imaginación: *Hotel de Nuestra Señora y del Comercio*.

Después, como lucía un sol benigno, me puse en camino, con mi petate de viaje en la mano, en dirección al monasterio, donde llegué justo al mediodía.

⁵ II Epístola a Timoteo, IV, 7.

Uno de los hermanos porteros se ofreció para entregar al Abad Guéranger la carta de presentación. Entré bajo los arcos; encontré allí a otros peregrinos. A invitación de uno de los Padres, ocupé mi lugar en la fila. Era la hora del almuerzo. Atravesamos los claustros.

El Abad de Solesmes estaba de pie, con un aguamanil y una bandeja en las manos, en el umbral del refectorio. A derecha e izquierda, se situaban el prior, Reverendo Padre Couturier y el ecónomo, Reverendo Padre Fontanes, también de pie, que me escrutaban, con los brazos cruzados bajo sus largas mangas negras.

Guéranger me vertió agua sobre los dedos, en señal de hospitalidad: uno de los religiosos me tendió un paño y me sequé. Me mostraron la mesa de los huéspedes, situada en medio de la sala —y rodeada por la de los hermanos— un poco por debajo del estrado en el que el abad, el prior y el ecónomo, solos, tomaban su colación.

Después de una oración por los difuntos y un Pater Noster (del que solo se pronunciaron las dos primeras palabras, debiendo concluirlo para sí mismos), nos sentamos. Uno de los Padres, ascendió a un púlpito elevado cerca de una ventana, abrió un tomo de los Bolandistas y comenzó la lectura, en voz alta, de la vida de santa Liduvina.

La refacción de los benedictinos era más que frugal. Un plato de legumbres, un panecillo y agua. La nuestra me pareció más refinada. Pero yo prestaba más atención a quienes me hospedaban que a la comida.

En medio de los dos otros Padres, Géranguer semejaba a la pilastra de un ábside entre sus dos columnas. Cargaba sobre sí sesenta años de pruebas, de luchas y de penitencia. Pobre, con veintidós años, había fundado la abadía. Su frente era alta, maciza y reflexiva. Sus ojos, de un azul harto pálido, eran dos vivas luminarias.

Todo en su persona evidenciaba la invencible Fe; su abacial crucifijo brillaba sobre su pecho como luz. No era de elevada estatura, pero algo enigmático lo engrandecía, recuerdo, cuando hablaba de Nuestro Señor. Más tarde, cuando me honró con una amistad que la muerte no ha borrado entre nuestras almas, comprobé, en nuestras entrevistas, con harta frecuencia, un énfasis de videncia que revelaba a un elegido.

Los dos religiosos que lo flanqueaban poseían asimismo frentes extraordinarias y unas pupilas atravesadas por un raciocinio interior tal que, desde entonces, no he hallado otras similares. Su mirada atestiguaba la fijación del corazón y del espíritu en el pensamiento exclusivo de Dios.

A los postres, concluida la lectura, me volví hacia mi vecino de mesa, en el que no me había fijado. ¿Un transeúnte, como yo, sin duda? Me pareció, como primera impresión, dotado de una sonrisa simpática en un rostro sin embargo casi vulgar. Sus manos de hombre de letras, de maneras afables, atrajeron mi atención; indicaban inteligencia.

En mi calidad de recién llegado al convento, le pregunté si conocía el nombre del religioso que ataviado,

sobre su hábito, con un largo mandil de sarga, se apresuraba y nos servía en silencio.

– Sí, me respondió, del modo más simple. Es uno de los helenistas más eruditos de Europa, uno de los más doctos Padres de la Abadía. Recientemente ha rehusado, por humildad, el capelo cardenalicio, ofrecido por el Soberano Pontífice. Ha preferido ese delantal, como ve. Ha escogido servir a los pecadores que Dios conduce a Solesmes. Es el Reverendo Padre Pitra.

– Envidio a ese servidor, le dije.

– Yo también, respondió él.

Luego de un momento, retomé:

– ¿Y ese religioso, frente a nosotros, cuya figura de asceta me recuerda la de san Francisco de Asís del museo de Madrid, y que no obstante presenta un aspecto más gozoso que el de los demás Padres?

– A ese, le llamamos, familiarmente, *el Capitán*, me contestó con una sonrisa. Es el Reverendo Padre Gardereau, ex militar y gran matemático. En cuanto a la recóndita alegría que traslucen sus rasgos se debe a que ha sido sentenciado, estos días, por el médico del monasterio: es consciente de que va a morir en muy poco tiempo.

El almuerzo concluyó.

Luego de una parada en la capilla cinco veces centenaria de Solesmes, cuyas ruinas el abad Guéranger había reedificado, bajé al jardín. Reconocí a mi vecino de mesa

en medio de un grupo de benedictinos presidido por el mismo Abad.

Estaban sentados sobre sillas, en círculo, en una gran alameda.

Mi interlocutor del almuerzo llevaba puesto, sobre su redingote, un delantal de sarga parecido al del Reverendo Padre Pitras. Desgranaba guisantes, junto con los demás circunstantes, que se dedicaban a la misma tarea.

Me dirigí a uno de los Padres quien, con una laya en la mano, labrara la tierra:

– ¿Por qué se da a ese peregrino trato de hermano lego?, le dije.

– Ese señor es Louis Veillot, me contestó.

Unos instantes después el abad de Solesmes nos presentó.

– No me ha sorprendido un ápice el tono de sus palabras, señor, le dije; las he hallado sencillas y contundentes como sus escritos.

Mientras esto decía, ocupé un lugar en el círculo en el que se desenvainaban guisantes. Desgrané yo mismo algunos, en mi celo de ser útil y no permanecer ocioso ante su ejemplo.

– Nada más llegar usted, señor, me respondió Louis Veillot, el reverendo padre abad me reprochaba justamente la rudeza de mis escritos.

“¡Ah, el que me dirija a sedicentes ateos que, mancillando sus almas, se muestran ávidos de destruir la fe de los espíritus vacilantes que les prestan oídos. Un ejemplo: sabemos que es más fácil para los profesores de incredulidad perecer en una barricada que observar la vigilia el viernes. (¡Los demás días, pase aún!, pero sabiendo lo que prescribe la Iglesia y lo harto difícil que supone obedecerla, se hace muy cuesta arriba a la “gente decente” guardar la vigilia *precisamente* ese día!).

“Bien. Si esos estómagos se callaran mientras se ceban... quizás me mantendría en silencio. ¡Pero qué estómagos tan locuaces! ¡Cómo se burlan, a voz en grito y con estrépito, del Paraíso, perdido por una manzana! Y cómo hacen reír a los vacilantes. Ciertamente, si trataran de abstenerse, imbuidos de espíritu de Esperanza, de un trozo de carne el día en cuestión, quizás pudieran darse cuenta de que la “leyenda” no es tan absurda como aseguraban la víspera. Ahora bien, pero no solo, les digo, no tratan de hacer nada, so pretexto de que sería “muy fácil”, sino que propagan, con la copa en la mano, sus “convicciones” entre los espíritus tibios que bien pronto los secundan; lo que lleva a esos señores y a sus prosélitos a comparecer, por turno, ante Dios sin nada que ofrecer, salvo el escándalo. ¡Una vez más, no los juzgo a ellos, sino a su propaganda! Eso es lo que me confiere el derecho y me obliga, a mí, cristiano, a ser el preservativo mientras el cuerpo aguante. No combato su conducta privada, su cobardía frente a sus instintos, sino sus contagiosas palabras. Encuentro que mi misión consiste en detener esa peligrosa acción.

“¡Hermoso crimen, desinflar esos balones pinchándolos con una pluma! Me mueve el santo odio que asusta a esos bobalicones, y lo utilizo. ¿Por qué no?!

— ¡Los acomete, hijo mío, con una violencia a veces lacerante!, dijo el abad de Solesmes. Más caridad, y menos ayuno los viernes.

— ¡Me encocora, exclamó Louis Veuillot, me encocora, padre mío, el escuchar a mis superiores recomendarme suavidad ante esos envenenadores de almas! ¡Y no sabe cómo! Cualquier arma es lícita contra esos bribones sonrientes. Soy grosero, se dice. ¿Me entenderían acaso, si no lo fuera? ¿Es que Lacordaire, desde lo alto del púlpito de Nôtre-Dame, no elevaba la voz, ante el Santísimo Sacramento, al hablar a la flor de las inteligencias católicas francesas: “¡Qué, mirad lo que enseñan a vuestros hijos, estos nuevos librepensadores, que el hombre “no es más que un tubo horadado por sus extremos” y no me asistiría, a mí, confesor del Señor, el derecho a *aplastar bajo mis pies esta doctrina abominable?*”.

“Me parece que tampoco el buen padre Lacordaire se contenta con flores retóricas. ¿Y Donoso Cortés, marqués de Valdegamas, no fue cierto día más brusco aún? Fue glacial. Pues bien, es el tono que hay que adoptar con ellos. Saben de sobra quiénes son, de dónde vienen y en dónde se sumergen. Y yo agrego que se quemarán muy pronto, según la promesa del mismísimo Señor. ¿Cómo podría ser untuoso con esos seres? ¿Desearía que dijese, sin ir más lejos, a Renan, a esa vil rata de iglesia, que llega de roer durante la noche el pan bendito: “—Mi

dilecto Judas, ha adelantado acaso, en sus libros, cosas un tanto “desleales”?...”. ¡Estaría bueno! ¿No desalojó Jesús del Templo a latigazos a los mercaderes?— ¿Cómo los llamó: “Raza de víboras”?”

“Los labradores no se calzan guantes para coger la estaca contra los salteadores. Paternidad, no soy más que un labrador, como el Grand-Farré, que por su patria dio muerte a muchos ingleses. Déjeme, por favor, proseguir mi tarea.

— San Benito nos manda ser suaves, dijo el Abad. Se convertirá en un dominico rebelde.

— ¡Pero en un buen dominico, pardiez!... aventuré yo con una sonrisa.

Una campana, llamando a oración, interrumpió esta tertulia, cuyo recuerdo, un radiante mediodía de primavera, hace ya tres años, me vino ante al sepulcro de ese enorme soldado de la fe cristiana.

EL SADISMO INGLÉS

A Joris-Karl Huysmans.

Maxima debetur puero reverentia⁶.
Sentencias escolares.

Cierta correspondencia del extranjero publicada recientemente en la prensa parisina insinúa que los niños vendidos en Inglaterra y que sufren todo tipo de humillaciones acaban de la peor manera y terminan perdiéndose en espirales de infamia y de miseria tan oscuras que la vista no sería capaz de seguir.

Ahora bien, si damos por ciertos los rumores que circulan por Londres, pareciera que esa no es la MISMA suerte que corren algunos de estos infelices chicuelos y que, con tan poco tiempo (si las influencias no echan por tierra un tardío grito de justicia), algunos informes inesperados amenazan con esclarecer y sacar a la luz un horror desconocido y el conjunto de hechos comprobados por los cinco atestados del comité superior de investigación. Quizás esta vez sepamos hasta qué grado de atrocidad puede alcanzar, viciada por el exceso, no solo un elevado número de histéricos ancianos, sino también una parte de la presente juventud del otro lado del Canal de la Mancha.

⁶“Tengamos el mayor respeto a los niños”. Juvenal, *Sátiras*, XIX, 47.

La revista *Pall Mall* se reserva, sin duda alguna, y tras las investigaciones secretas llevadas a cabo, las conclusiones EXACTAS y que aún no pueden ser reveladas. No obstante, hemos tomado la decisión de publicar hoy, y solo para que los lectores puedan *hacerse una idea aproximada del fin de estas investigaciones, una entrevista que mantuvimos a finales de la primavera de este mismo año* (es decir, unas semanas antes de la conmoción causada por los escándalos de Londres) *con dos jóvenes y célebres escritores ingleses en los Campos Elíseos, una tarde cualquiera, con los que tuvimos el placer de toparnos*. Dar sus nombres no sería procedente, aunque no haría falta retornos mucho para poder confesarlos.

Las similitudes entre lo que nos relataron aquella tarde, en tono de broma y como lo más natural del mundo, y las crónicas sacadas a la luz por la revista *Pall Mall* nos obliga a dar a conocer al lector las inquietantes confesiones que se produjeron en el transcurso de esta conversación. He aquí como uno y otro expresaban sus extraños lamentos sobre la “frivolidad” de los vicios de nuestra decadencia:

– ¡Ah!, respondí yo, sabemos que los visitantes tienen la costumbre de disimular en Francia una austeridad que les permite comparar París con Babilonia, Sodoma y Gomorra, pero se aprovechan al mismo tiempo de esa licencia que condenan firmemente.

– Es la *calidad* de su libertinaje lo que desprecian algunos visitantes, contestó uno de esos caballeros; y solo a título de curiosidad un grave inglés goza de sus *muy triviales placeres*. Nuestros placeres ciertamente son más cómodos. Mire.

Así que, a grandes rasgos, pasaron a explicarnos de lo que trataba esa organización tan en boga hoy día y que se dedica a la *trata de criaturas*; esa exportación *diaria* de unos treinta a cincuenta niños de entre ocho a trece años, exenta de toda inocencia y de todo pudor humanos. Se explayaron en sabias reflexiones sobre la violación y sobre los medios que utilizan para llevarla a cabo cómodamente, ya sea en dependencias de la ciudad de Londres como en vetustos castillos ingleses ocultos en la bruma. Estancias aterciopeladas, mazmorras y carruajes vigilados desfilaron por sus bocas con un verbo siniestro y que podría haberse tratado de Anne Radcliffe. Recordaban las miles de víctimas de la hipócrita lubricidad de sus compatriotas y parecería raro pero era *precisamente esa hipocresía* lo que parecía indignarles.

— ¡Bah!, respondí algo sorprendido, ya están aquí los poetas. Esos abusos se cometen en Londres, en San Petersburgo, en Nueva York, en Viena, incluso aquí mismo, y en todas las grandes ciudades del mundo. Es el derecho del señor que siempre es idéntico y que ejerce, como siempre lo ha hecho, como el jefe ante sus “empleados”, como el amo ante sus criados. El Progreso, el Hambre, el aislamiento, las malas costumbres de la familia, la pereza, la miseria, la desocupación, la idea del bienestar, esa especie de amarga venganza son los medios que utilizan los libertinos para emplear la fuerza.

“Eso es algo eterno y tal es el número que revelan las estadísticas europeas que sería difícil solucionarlo. París, se lo garantizo, solo ha de surtir de *estancias aterciopeladas* y nadie diría que es necesario tocar el organillo por las

ventanas como sucede con *Fualdès*⁷ durante ese momento psicológico, y a la espera de que los parisinos no griten por tan poco. Se marchan, con el dinero en sus bolsillos, canturreando *Il bacio, las Cerezas o Peor para ella* y eso es todo⁸. Y, por el contrario, no entiendo por qué se le reprocha a París las comodidades que ofrece para sus placeres.

Uno de mis interlocutores con una media sonrisa asintió.

– ¿Que en París las jovencitas y los niños no gritan dice? Eso es precisamente lo que algunos buenos conocedores, entre ellos nosotros, les reprochamos. ¡Ya están ahí los franceses con su sentido del deber! Por algunas confianzas inocentes y frívolas, juegos de niños y triviales favores ya se creen ellos los príncipes del desenfreno. Para ser francos, digamos, nosotros somos más...serios.

– ¡Ah, eso está bien!, respondí.

Y luego de un momento de silencio:

– En el fondo, continuó tranquilamente uno de los dos paseantes que acababa de hablar, para conocer y comprender las preferencias pasionales de un pueblo, en suma, la naturaleza, por la que penetra el sentido mismo de su organismo, creo que no es baladí reflexionar y profundizar en las impresiones dominantes que dejan en el ánimo, a este respecto, las obras de su *explotador* favorito y de su Poeta nacional. Lo que este “canta” a los otros les gustaría hacerlo o soñar que lo consiguen.

⁷ Alusión a un caso criminal célebre sucedido en Rodez en 1817.

⁸ Títulos de afamadas canciones ligeras de la época.

“En Francia, sin ir más lejos, tenemos a Victor Hugo, cuyas obras se leen y gozan de buena salud y de prevención moral y de respeto. Por lo tanto, la sensualidad predominante francesa está expresada en sus obras, así como le hace justicia a la *naturalidad* primitiva de los gozos libertinos.

“Con nosotros, sucede otra cosa. Nuestro poeta por excelencia es Algernon Charles Swinburne, cuyo talento está fuera de toda duda. Las ediciones de sus obras se cuentan por miles cada año. Está, digamos, en el punto de mira en Inglaterra y la nota dominante de lo que expresa en sus sensuales sueños corresponde a los de la mayoría de los ingleses.

“Mi razonamiento, créalo, es muy consistente y para hacerle entender mejor de qué naturaleza pueden ser, de entre las voluptuosidades prohibidas, las que soñamos y preferimos, le voy a citar —escogiéndolos *al azar* en su obra (y entre cien mil, todos del mismo carácter), le voy a citar, repito, tal o cuales pasajes de los poemas de Swinburne. Comprenderá, *entonces*, en ese mismo instante, *de lo que nos lamentamos de no encontrar en París*.

He aquí un fragmento, elegido al azar, de uno de sus últimos poemas, *Anactoria*. La que recita es una joven enamorada que se dirige a su amiga, otra joven de la Isla.

Acto seguido, mi interlocutor me recitó, con voz grave y susurrante, el párrafo del gran poeta inglés.

Traducción literal:

“¡Quisiera que mi amor te matase; saciada de tu vida aspiro a tu muerte y encontrar dolorosos remedios para

matarte. ¡Medios duraderos y vanos dolores! Torturarte delicadamente, dejar que tu vacilante vida se escape por tu boca y arrancar tu alma en dulces torturas para matarla!

“¡Ay!, ¡quién pudiera mezclarse en tu sangre y fundido en ti morir de tu pesar y por mi placer! ¿No te castigaría con una refinada agonía? ¿No te haría sufrir en la perfección, torturando tu sensible piel y brillantes tus ojos de lágrimas y sangre y con un rayo de angustia? ¡Golpear el dolor del dolor como se toca la nota de la nota, alcanzar el registro de las lágrimas en tu garganta, tocar tus miembros vivos y rehacer la lira de las innumerables e impecables angustias! ¡Podría yo aliviar tu fiebre, tu hambre, tu sed, convulsionar de espasmos de tortura perfecta tu perfecta boca, devolverte la vida, hacer que arda nuevamente y arrancar tu alma de tu piel!

“¿Cruel, dices? El amor hace a los que aman tan sabios como el Cielo y más crueles que el Infierno. Y a mí el amor me ha hecho más cruel por ti que la muerte por culpa del hombre. Y si yo hubiese creado todas esas cosas para destruirlas una a una y si mis pasos se dirigieran hacia las estrellas y el sol, y si las almas de los hombres como sus pasos siempre enloquecidos, Dios sabe que yo podría ser más cruel que Dios mismo.

“– ¡Ay! ¡Agradecemos a los dioses que mis labios, sin armonía, son tan solo labios pegados a los encantos heridos de tu blanco pecho flagelado y que en vez de estar alimentados por leche celestial lo estuviesen de la dulce sangre de tus pequeñas y leves heridas! ¡No poder desli-

zar mi lengua por tus heridas y saborearlas desde tu pecho hasta tu cintura a pequeños sorbos! ¡No poder beber el vino de tus venas y la miel de tu pecho! ¡Que tu piel no se sepulte en la mía!”.

– Así –concluyó– el enorme, el inmenso éxito de esos versos en todas las clases de la sociedad inglesa demuestra –vea usted la gracia– que esas metáforas e imágenes son las PREFERIDAS por nuestros sentidos, por nuestra imaginación, por nuestro carácter nacional; dicho de otro modo, así es como amamos y como comprendemos *principalmente* los placeres del amor; por lo tanto así lo hacemos cuando nuestra fortuna lo permite.

–¿Cómo?, exclamé.

– Pues claro, añadió tranquilamente el joven. ¿Por qué, no? Esos miles de niños y todas esas jovencitas raptadas, compradas y exportadas nos sirven, se lo aseguro, para procurarnos los placeres y voluptuosidades que relata nuestro poeta nacional; ejercemos en ocasiones en esas personas los más dolorosos refinamientos y las continuamos torturando con otros más sutiles. Cuando aparece la muerte borramos esos restos desconocidos.

“El delirante espectáculo de sus sufrimientos y de su belleza nos procura encantos que os son desconocidos y cuando se ha catado una vez, nos despreocupamos de aquellos otros que a vosotros os bastan.

“Si cree que bromeo, compare todos los deseos expresados en los versos nacionales de Swinburne con las ad-

vertencias que acabo de detallarle, esas *estancias aterciopeladas* de los castillos ocultos y de las sombrías casas de Inglaterra (en las que no se entra sin haber recorrido muchos pasos) y se percatarán de que no es posible, como en París, acallar los galanteos, chiquilladas, violaciones y zalamerías que algunos ancianos y aburridos industriales han hecho. Sacan a la luz su Swinburne particular ya que son prácticos y comparten a todas luces el pensar del poeta de Carlyle que proclama “preferir en lo sucesivo el poema vivo al poema escrito”.

– El caso es, respondí luego de un momento de estupefacción, que sus compatriotas no pueden deleitarse mucho ni en París ni en Francia de alegrías de esa índole: nuestra decadencia haría de ello bien pronto un caso de justicia y no veo, por decirlo de algún modo, la necesidad de acusarnos de inferioridad a este respecto. Además, Inglaterra no tiene el monopolio ni la exclusividad de ese tipo de amor. A los ojos de alguien que haya visitado nuestro planeta y que tenga nociones de historia antigua, ese tipo de excesos son tradiciones modernas en muchos pueblos. En Persia, en la India, en la parte asiática de Turquía, en Rusia, en todo Oriente y en muchos parajes de América; esos tristes sucesos son de lo más común y corriente y forman parte de sus costumbres hasta tal punto que cualquier hombre civilizado que se extrañara no sería comprendido. Se encuentran, eso parece, EN LA NATURALEZA HUMANA e incluso aquí mismo entre muchos moralistas que arrojarían, sobre ese particular, fuego y llamas que *dejarían adivinar*, a sus espaldas, y en su estilo, *no se sabría qué celos por no haber podido sofocar en ellos mismos un tanto, a falta de recursos suficientes*. La-

mentos que suscitarían la indignación más clara contra vuestros ricachones.

“Sin embargo, una reflexión consuela estas infamias malditas y escandalosas: lo que demuestra, para la ciencia, es que sobreviven malamente al carácter de aquellos a los que se consagran. Los viejos millonarios que, por algunos libros, se deleitan en los placeres de los César, los rajás y los sultanes, se despiertan parálíticos, epilépticos, atáxicos o lesionados. Las garras de la meningitis los atenaza y la mayoría acaban a cuatro patas. Déjeme pensar que se trata de muy pocos y que tanto en su país como en el mío los ricos se conforman con seducir a los niños, pero sin martirizarlos.

– Créalo así... si eso le consuela, replicó el otro caballero; pero estas voluptuosidades no nos resultan tan indignantes como a ustedes y mantengo que París va con retraso en estos menesteres. Lo único que me molesta de los míos, en Londres, es que me gustaría desenmascarar, si pudiera hacerlo, le repito, la puritana hipocresía de aquellos que se espantan de horror y luego silenciosamente se alejan para calmar, en oscura y ahogada retirada, sus renovadas pasiones de Mariscal de Retz. Sí, eso es, la falta de franqueza es lo que me *choca* y ahí dejo mis versos para comprobarlo. En resumen y para acabar, lo que condenamos no es precisamente el fondo sino la forma.

– ¡Ah!, ¡vaya sorpresa!, añadí. ¿No se da cuenta de que cualquier sinceridad impediría a estos monstruos conseguir sus fines y que, por tanto, su hipocresía es *forzosa*?

¿No le gustaría que se delatasen sus sucios juegos *coram populo*? Me reconfortaría pensar que allí serían tratados como perros aunque son poco dignos de ese nombre.

– Pues sí, eso sería bastante justo, me respondió aquel.

– Señores, si esos hechos de histeria odiosa suceden en su país y con la frecuencia que usted insinúa, me inclino a pensar que es necesario presentarles a la venganza de las tolerantes gentes e Europa y que, entonces, la Ley –tan noblemente promovida por Lord Salisbury– se debatirá en el Parlamento, con toda la severidad de los castigos con los que pueda ser promulgada.

Mis interlocutores rieron de buena gana.

– Ninguna Ley cambiará tal estado de cosas en el mercado de la carne humana; las que se venden *no saben lo que les espera y los que raptan y compran son igualmente ignorantes*. Nuestros intermediarios son muchos y avispados, las matronas son delicadas... y la Ley contendrá mil cautelas...

- Déjelo, respondí tranquilamente, a esas cosas se les quita importancia por desconocimiento en la *víspera* pero, *el día de mañana*, se percibirá un sensible cambio.

“Ciertamente, no hay nada absoluto sobre la faz de la tierra, los malhechores seguirían delinquiendo, pero mucho menos, bien es verdad, si hubiera una Ley que los condenara a perpetuidad. Por lo tanto, afirmo, que unos buenos miles de caricias dadas por vuestro látigo de

nueve puntas en los lomos de dos o trescientos de esos execrables atormentadores de criaturas de los que habla, acompañadas por unas cuantas condenas a trabajos forzados para sus secuaces, asquearían bien rápidamente del oficio a los verdugos de ambos sexos que viven impunemente en Inglaterra de esta abyecta industria, así como muchos disuadirían a vuestros compatriotas, en el futuro, de elegir esta carrera. Añadiría, además, que salvo excepciones nadie se comportaría incorrectamente, sino antes al contrario.

En este punto, nos separamos.

Hasta el momento, había tratado, en mi fuero interno, estas íntimas confidencias como exageraciones, pero tras el estruendo de los *escándalos de Londres*, intensificados por los últimos rumores respecto de las ocultas atrocidades que la lubricidad enloquecida ejerce al parecer en Inglaterra, en tantos inocentes de uno y otro sexo, confieso que, al haberme acordado de esta conversación de hace unos seis meses, me he vuelto más reflexivo.

EL SECRETO DE LA HERMOSA ARDIANE

A Paul Ginisty.

“La felicidad en el crimen.”

JULES BARBEY D’AUREVILLY.

La nueva casa del joven jefe de los guardas forestales Pier Albrun dominaba la ladera de la villa de Ypinx-les Trembles, a unas dos leguas de la ciudad de Perpiñán, no muy alejada de uno de los valles de los Pirineos Orientales y abierta a la planicie de Ruysors, que limita, en el horizonte, en dirección a España, con grandes abetares.

En una de las pendientes, situada sobre un torrente cuya espuma estallaba entre las rocas, se encontraba el jardín umbrío en donde brotaban miles de flores, silvestres la mitad de ellas, y macizos de adelfas y en el que había algarrobos, que envolvían el ambiente con un leve aroma a incienso, y altos ciruelos, escalonados detrás de la casa que esparcían, con la brisa pirenaica, un aroma balsámico por todo el pueblo. Esa humilde y bonita morada resultaba ser un paraíso en el que vivían un apuesto muchacho de veintiocho años de tez clara y ojos valerosos y su esposa.

Su amada Ardiane, apodada La Vasca, por su ascendencia, había nacido en Ypinx-les-Trembles. Primero trabajó como espigadora –flor de surcos–, forrajera más tarde y, por último, como cordelera tejedora de seda; al igual que los otros huérfanos del lugar, se había educado en la casa de una vieja madrina quien la había acogido y la que la joven, a cambio, había mantenido con su trabajo, no sin soñar con el día de su muerte. La avispada Ardiane, la Infernal, se distinguió siempre, a pesar de su extremada belleza, por tener una conducta intachable. De manera que Pierre Albrun, antaño cabo furriel en África y a su regreso sargento instructor del cuerpo de bomberos de la ciudad, declarado inútil por heridas en acto de servicio y nombrado por sus méritos guarda, se casó con Ardiane, tras seis meses de noviazgo y caricias.

Pues bien, esa noche, cerca de la ventana abierta a un cielo estrellado, la bella Ardiane, con corales en el cuello, esbelta, chal blanco al hombro y pálidas las mejillas, se hallaba sentada en un sillón de paja prensada con su hijo de ocho meses al que daba el pecho y mirando, fijamente, con sus dilatados ojos negros, el pueblo adormecido y la lejana campiña con el inquietante verdor de los abetos. Con la brisa nocturna, embriagada con el aroma de las flores, su nariz se arqueaba y su boca dejaba ver unos blancos dientes por debajo de la fina línea de unos labios color de sangre; en la mano derecha llevaba una alianza de oro y mientras jugueteaba con ella acariciaba, distraída, los cabellos revueltos de su “hombre”, que mientras apoyaba la cabeza en las rodillas de su mujer no cesaba de hacer fiestas a su chiquillo.

A su alrededor, e iluminada por una lámpara situada sobre la mesa, se encontraba la alcoba con las paredes cubiertas de un papel azul pálido, sobre las que se destacaba una resplandeciente escopeta; cerca de la cama estaba la cuna, coronada por un crucifijo. Encima de la chimenea había un espejo y cerca de este un despertador, entre dos velas de cristal, y un ramo de rosas colocadas en un búcaro plateado. Delante había dos portarretratos de pita.

¡Un auténtico paraíso, en verdad! Sobre todo esa noche, ya que durante la mañana de ese día que ya agonizaba los alegres ladridos de los dos perros guardianes habían anunciado a un visitante. Se trataba de un alguacil, enviado por el prefecto de la localidad, y que llevaba a Pier Albrun un largo cilindro de metal en cuyo interior, ¡oh, inmensa alegría!, una cruz de honor, enrollada junto con el sello y el pergamino ministerial en el que se detallaba la relación de méritos y títulos que justificaban la condecoración. ¡Cómo se la había leído en voz alta, en el jardín y al sol, temblándole las manos por tanto grato honor, a su amada Ardiane!

“Por su acreditado coraje durante los servicios que prestó con los tiradores argelinos en África; por su conducta valerosa como instructor sargento de bomberos en los sucesivos incendios que en 1883 arrasaron el municipio de Ypinx-les Trembles, así como por los innumerables salvamentos que realizó hasta que dos heridas provocaron su retiro y su posterior plaza de guarda forestal, etc.” Por este motivo, esta noche, Pier Albrun y su esposa rememoraban todo lo sucedido durante ese día

de fiesta, y el marido apretaba en su mano con fuerza la cruz, a la que no podía dejar de mirar de vez en cuando, ¡la cruz con el lazo de muaré rojo!

Una aureola de alegría y amor parecía rodearles en esa noche de silenciosos resplandores allá en el firmamento.

Sin embargo, la hermosa Ardiane recordaba evocadoramente, mirando a lo lejos, los muros ennegrecidos y en ruinas que se alzaban entre las casas y las chozas blanquecinas del pueblo. Estaban abandonadas y no las habían reconstruido. De hecho, el año anterior, en menos de seis meses, Ypinx-les-Trembles, en noches sin luna, había sufrido siete incendios siniestramente repentinos a consecuencia de los cuales fallecieron personas de toda edad y condición. Se rumoreaba que había sido obra de contrabandistas vengativos que no habían sido bien recibidos en el pueblo y que regresaban para provocar esos incendios; después, se daban a la fuga y desaparecían ocultándose entre los abetares y en los bosques huyendo de la gendarmería y refugiándose en las montañas. Cuando los apresaron, en el extranjero, qué duda cabe, por haber cometido crímenes y fechorías similares, los siniestros dejaron de producirse.

— ¿En qué piensas, mi querida Ardiane? —susurró Pier, besando los pálidos dedos de la frágil mano que acababa de acariciarle los cabellos y la frente.

— En los muros ennegrecidos, de donde surgió nuestra felicidad —respondió lentamente La Vasca sin volver

la cabeza. Mira –añadió, señalando con la mano una de las ruinas-, allí, cuando el incendio, volví a verte.

– ¿No fue acaso esa la primera vez? , respondió.

– No, fue la segunda –contestó Ardiane-. Te vi, por vez primera, durante la fiesta de Prades diez días antes y tú, bribón, ni siquiera te fijaste en mí. Allí fue cuando me latió el corazón y tuve la certeza de que serías el hombre de mi vida. Fue en ese preciso instante cuando me di cuenta de que haría lo que fuera para ser tu esposa. Tú mejor que nadie sabes que lo que me propongo, lo consigo.

Pier Albrun se detuvo a pensar también en las ruinas que, a la luz de la luna, se distinguían entre las blancas casas.

– ¡Qué mentirosa! ¡Ni siquiera me lo habías dicho! –sonrió. Sin embargo, fue durante el incendio que se produjo en la choza grande, la de detrás de la iglesia, y queriendo, en vano, salvar a esos viejecitos cuyos cuerpos ni siquiera llegamos a encontrar entre los escombros, cuando una viga en llamas se cayó, me hirió y tú me llevaste a la casa de la vieja madrina -la infernal madre- y me curaste ofreciéndome aquel vino caliente...! ¡Lo tenías ya todo planeado! ¡Ay, los viejecitos!... Me da un vuelco el corazón cuando me acuerdo de ellos.

– ¿Sabes algo? –musitó ella–; no lo lamento tanto porque yo los conocía desde que era una niña y me pagaban mal mis sedas y mis cuerdas; tres perras gordas, cinco a

lo sumo y encima rezongaban; la vieja, además, se reía de mi belleza y de su cruel boca salían todo tipo de calumnias. ¡Y encima, pobre de ellos! ¡Todos tenemos que morirnos! ¿Para qué servían esos viejos avariciosos? Si hubiésemos sido nosotros las víctimas de ese incendio ellos habrían dicho que nos lo teníamos merecido... Y los otros también. ¡Deja ya de pensar en todo eso! Mira la casa de la familia Desjoncherêts; esa sí que ardía, ¿recuerdas? Fue allí donde me abrazaste por vez primera. Salvaste a aquella criatura y te dio tanta pena. ¡Cómo te admiraba! ¡Estabas tan guapo con tu casco rojo! Y el beso, ¡ay!, si tú supieras.

Extendió su firme mano y la alianza de su mano brilló como el destello de un astro. Continuó hablando:

– Luego nos hicimos novios y me entregué a ti en el granero. Por último, te hiciste esa recia y bendita herida, querido Pier. Me gusta contemplar esos negros agujeros porque les debemos nuestra felicidad, tu trabajo de guarda, nuestro matrimonio y esta casita donde ha nacido nuestro hijo.

– Sí, es cierto –asintió Pier, pensativo–, eso demuestra que de todo lo malo siempre saca Dios algo bueno... Pero ¡no sé lo que sería de esos tres malhechores si tuviese mi escopeta!

– Calla, Pier. ¿Acaso deberíamos maldecir las manos que provocaron el fuego? Les debemos hasta la cruz que aprietas con tu puño con tanta fuerza. Piensa, Pier, detenidamente: el pueblo solo dispone de un parque de

bomberos y este da servicio a los alrededores y a los otros tres pueblos vecinos. Prades y Céret están muy lejos. Tú, pobre sargento de bomberos, siempre atento ante el *quién vive* y metido, sin posibilidad alguna de escapatoria, en la caseta y pendientes tú y tus hombres de cualquier incidente y sin poder escapar de esa prisión salvo *para prestar un servicio*. Una ausencia de nada y tu cargo y sueldo desaparecerían para siempre. Habríais tardado una hora hasta llegar aquí cuando comenzó el incendio. Yo, mientras tanto, trenzaba cáñamo por cuatro perras al día y con la trémula vieja a mi cuidado... ¿Y qué me dices del invierno? Era muy duro. ¿Cómo podría irme a vivir a la ciudad si no acababa vendiéndome como hacían otras? Ya sabes, amor mío, que eso no podía continuar así. Si no hubiese sido por esos accidentes yo trabajaría aún con el cáñamo y tú sofocando incendios; no nos habríamos conocido ni habríamos hablado ni nos hubiésemos comprometido. Estamos muy bien juntos y créeme cuando te digo que ha merecido la pena que ocurrieran esos desastres.

– ¡Qué cruel eres! ¿Tienes fuego en las venas?, respondió Albrun.

– Además –prosiguió Ardiane– los contrabandistas –sonrió con tal misterio que uno se estremecía al verla– tienen otras cosas más importantes que hacer que no venir aquí. ¡Anda, dejémoslo! Eso de que han sido ellos solo se lo creen los de aquí del pueblo.

El guarda, sin poder dar crédito a lo que oía, la miraba pensativo y en silencio.

– ¿Entonces, quién pudo ser? Aquí nos conocemos todos y nunca hubo ladrones ni malhechores. Nadie, sin contar a esos cobardes, pudo tener interés en hacerlo. ¿Qué mano vengativa se habría atrevido...?

– Quizá fuese por amor, añadió La Vasca. Ya sabes que yo cuando amo, me pongo el mundo por montera. ¿Que qué mano, dices? ¿Y si fuese la que tienes ahora bajo tus labios?

Albrun, que conocía a su mujer, dejó caer brusca-mente la mano que besaba; sintió que se le helaba el co-razón.

– ¿Bromeas, verdad?

Pero la salvaje criatura, la bella y fiera Ardiane, arras-tró a Pier por el cuello hacia ella y con un seductor mo-vimiento y con voz entrecortada, cuyo solo aliento abrasaba, le susurró dulce y quedamente al oído del joven:

– Pier, yo te adoraba y éramos tan pobres... por lo que *prender fuego a esos estúpidos era la ÚNICA manera de reencontrarnos, de ser el uno para el otro y de tener nuestro hijo.*

Ante esas horrendas palabras, el antiguo soldado, Pier Albrun, se levantó con el pensamiento embargado por el dolor y el vértigo en las pupilas. Despavorido vaciló, pero, de pronto, y sin mediar palabra, lanzó la cruz de honor por la ventana a las negras sombras de la noche, hacia el torrente de agua. Fue un gesto tan violento que

uno de los aretes de plata de la cruz se estrelló contra una roca en su caída y resplandeció por última vez antes de que se lo tragara la espuma. Luego, miró la escopeta que pendía de la pared, pero se detuvo en seco al ver dormido a su hijo y entrecerró los ojos.

— ¡Que tú hijo sea capaz de perdonarte!, exclamó después de un largo silencio.

Sin embargo, La Vasca estaba tan ardientemente bella que hacia las cinco de la madrugada —los persuasivos deseos le fueron sofocando paulatinamente su joven conciencia—, su fatal compañera terminó por parecerle la más cabal *heroína*. Con los encantos de Ardiane la Infernal, flaqueó y perdonó.

Y siendo sinceros, *¿por qué no debería él perdonar?*

¿Hubiera huido cualquier otro?

Tres meses después las revistas habrían relatado su “gloriosa” muerte bien en China bien con los Hovas⁹; el niño, dado en adopción, habría terminado en el limbo; y La Vasca viviría en otra ciudad y al conocer la lejana noticia habría encogido los hombros al descubrir que era viuda, pero habría motejado de imbécil al difunto. Y eso habría sido el fin de esta historia.

⁹ Uno de los grupos que pueblan la isla de Madagascar.

Hoy día, sin embargo, Pier y Ardiane se adoran y –a despecho del grave secreto que comparten y que les ha unido para siempre– hasta parecen felices. Recuperó la gran cruz que con tanto denuedo había ganado y la lleva colgada.

En definitiva, si paramos mientes en aquello que la Humanidad admira, aprecia o aprueba, ¿no es este grave y sincero desenlace el más PLAUSIBLE de todos?

EL NAVEGANTE SALVAJE

A Émile Bergerat.

L (latitud) igual a A (altura),
menos δ (primera diferenciación),
coseno P (polo), menos $\delta^2/2$ seno
al cuadrado de P (polo), tangente (altura)

*Fórmula de los pueblos civilizados,
con cuya ayuda, dados una estrella
y un sextante, cualquiera puede precisar en un mapa
el punto exacto del globo en el que se encuentra.*

Al sudoeste de Tierra del Fuego, se ha descubierto, en estos últimos tiempos, en medio del océano, la existencia de una isla muy alejada de todas las demás y que hasta hoy se había hurtado a los incansables catalejos de los navegantes.

En esta isla, desde hacía siglos, florecía una raza de negros, deliberadamente mediocres y que para preservar por siempre jamás ese precioso don, había adoptado la ley fundamental —promulgada de muy antiguo por uno de sus más sabios monarcas— de “oprimir, nada más nacer, con dos planchas, el cráneo de sus hijos, para evitar que pensarán nunca en cosas DEMASIADO elevadas”.

La operación se tornó tan familiar para ellos como para nosotros es la de cortar el cuello; y, esterilizando algunas rudimentarias nociones de lectura puramente fonética y de escritura casi indiferenciada, una blanda animalidad se extendía entre su modélica tribu.

¿Por qué misterioso designio del Azar, Tomolo Ké Ké, el negro huérfano, la excepción que confirma la regla, había sido ignorado por la ley general hasta el punto de poseer de un cráneo indignamente natural? No se sabe. Lo cierto es que, llegado a la edad viril y a base de aislarse de sus “semejantes” dando taciturnos paseos bajo los baobabs, terminó por convencerse, con razón o sin ella, de esta original idea, a saber: *que la tierra no acababa en su isla.*

Fuertemente trabajado por esta extraña concepción, he aquí que una circunstancia fortuita —como siempre les sucede a esta especie de personas— se alió con sus ambiciosos proyectos.

En el centro de una salvaje cala, un curioso remolino había llamado su atención; el inventivo isleño halló el medio de explorar las profundidades y descubrió muy pronto que dicho remolino procedía, lisa y llanamente, de dos extraviadas corrientes submarinas, uno de cuyos centros de elipse (su punto de encuentro) ¡era esta misma cala!... ¡Una gruesa rama, completamente circular, lanzada a la huidiza corriente desapareció como una exhalación para un desconocido viaje! Tres días después, Tomolo Ké Ké (que espiaba, con ansiedad, su devolución por la otra corriente) exultó de alegría al comprobarlo

y recoger la rama. No estaba dañada en exceso; la corriente, salvando las sinuosidades de los escollos, la había conducido mejor que un piloto y Tomolo, con enorme alborozo, comprobó, en uno de sus extremos, la presencia, incrustada, de sedimentos terrosos que no tenía al comienzo... ¡Bien, sus presentimientos no andaban desencaminados!

En menos de seis meses, el sorprendente Ké Ké construyó en su solitaria choza una tupida piragua, a base de duramen de mangle, de extremos cónicos, sellada herméticamente gracias a una capa de grasa que, tan pronto como se extendía, la impermeabilizaba. Sus repetidas experiencias le enseñaron bien pronto que a igualdad de fuerza inversa de las corrientes, su considerable rama tardaba aproximadamente unas treinta y seis horas en recalar en el otro centro de la elipse; y, a base de cálculos hipergeniales (propios de estos salvajes), había hallado el peso exacto del lastre de su piragua (contando con él y con dos tripulantes más de su mismo peso), para mantenerse a flote, sin irse a pique ni volcar, en la corriente submarina. Tomolo Ké Ké, merced a la elocuencia de los hombres con ideas fijas, convenció con prontitud a dos de los cráneos menos triangulares de sus compatriotas para que le acompañaran en su expedición de descubrimiento. Estos, trasportados por su facundia, aceptaron, no sin una danza entusiástica.

Una vez administrada la aturdidora pócima, tan célebre, por cierto, entre determinadas tribus indígenas como, por ejemplo, los yoguis de la India, pócima gracias a la cual, según la dosis, se puede permanecer en letargo, sin

comer ni respirar, el tiempo que se desee, cada uno de los tres aventureros ingirió una dosis para treinta y cinco horas. El más madrugador cortaría, de un hachazo, la sogá que, atada al interior de la piragua, sujetaría el lastre; encajaría el tapón de hojas de caucho en la abertura y en tres segundos se ascendería a la superficie del mar, donde, una vez retirada, con vigorosa acción, la capa, se volvería a respirar y se descubrirían a continuación los nuevos territorios. Hecho lo anterior, y tras una estancia más o menos prolongada entre las simpáticas tribus de estos parajes, los tres nautas, ayudados de la segunda dosis que llevaban anudada en sus cinturas, reintegraron la piragua, la volvieron a sumergir en la corriente de regreso y una vez en su isla natal refirieron lo sucedido ante una asamblea solemne presidida por el rey.

Como se aprecia, era excesivamente simple.

Un mañana, los negros aventureros, tras ingerir lo necesario, se tendieron en la embarcación y desde los primeros síntomas letárgicos, después de extender la capa, sacudidos al mismo tiempo, se dejaron arrastrar por la corriente, que los llevó como una exhalación.

Treinta y cinco horas después, sobre las siete y media de la tarde, Tomolo Ké Ké, fue, a causa de su temperamento nervioso, el primero en despertar; cortó el amarre del lastre, y en unos segundos, la insumergible piragua puso al descubierto, por encima de las olas, constelaciones ignoradas para este trío de exploradores. Una costa extraña, alrededor de ellos, inmensas monstruosidades que se balanceaban sobre el agua y mil y una inconcebibles maravillas aparecieron de súbito ante sus ojos, dilatados por el estupor, de estos tres indígenas y

paralizaron sus frentes, coronadas por espigadas plumas tornasoladas. No tenían palabras para expresar lo que veían. Empero, con la calma propia de los descubridores dignos de memoria, Tomolo Ké Ké, tras señalarles el punto presumible, siempre, aproximadamente, de la corriente de vuelta, y dejando la piragua (oculta entre dos rocas, sobre la corriente) al cuidado de sus dos asistentes, se aventuró, intrépido y en solitario, en medio de los sortilegios del litoral.

Tomolo Ké Ké acababa de descubrir la Cannebière¹⁰.

Soñando ya en colonizarla, se aprestó a tomar naturalmente posesión, con una mímica sacramental, en nombre del rey de su isla, cuando media docena de marineros, salidos, en medio de griterío salvaje, de un café cantante de los alrededores, bajo cuyo techo acababan de cenar festejando a la diosa botella, se percataron de su presencia y figurándoseles el Diabolo, se abalanzaron sobre él. El infeliz navegante, quien trató de plantar cara, fue golpeado allí mismo por estos supersticiosos marineros, bajo la mirada incisiva y aterrada de sus dos secuaces.

Estos, dirigiendo en derredor sus pupilas extraviadas, observaron sobre la arena, junto a ellos, una larga y gastada cuerda abandonada. Cogerla y atar un fragmento de roca tres veces menos voluminoso que la del lastre anterior, fue cuestión de medio minuto.

Habiendo transportado la piragua hasta el borde exterior de las rocas, por encima de la corriente salvadora señalada por el difunto, ingirieron, a toda prisa, la mitad

¹⁰ Nombre de una de las calles más concurridas y célebres de Marsella.

restante del tópico, subieron a la piragua, extendieron sobre sus cuerpos la hermética capa y, con una intensa vacilación interior, partieron, sumergiéndose en el mar, llevando consigo la cuerda y el lastre central.

Treinta y cinco horas después, la embarcación, burlando, con redoblados golpes, las rocas de la isla, despertó a los durmientes de un sobresalto: averiada la piragua, un chapuzón no querido, pero vivificante, los devolvió a su lugar de origen, entre sus semejantes, a los que, con lágrimas en los ojos y trastornados para siempre por lo que habían divisado del otro lado, refirieron su aventura.

En esta ocasión, el rey decretó la pena capital contra cualquier padre de familia que descuidara, en el futuro, “conificar el cráneo de sus hijos”.

De suerte que cuando (hace de esto varios años) el capitán Coupdevent des Bois, una vez descubierta esta isla, se aventuró, seguido de una numerosa escolta, en el centro de esta tribu refinada en su sagaz mediocridad, y vio, en la capital de esta isla, en el mismo centro de la plaza mayor de las Chozas, una especie de burdo monumento, de madera y piedras, con una abigarrada inscripción.

Cuando el intérprete pudo, al fin, hacerse entender, el estado mayor y hasta los marineros de la tripulación (a los cuales fue referida la historia) se sumieron, durante algunos instantes, en una estupefacción pensativa, al comprender el significado de la inscripción: *A la memoria de Tomolo Ké Ké, exterminado por los salvajes.*

EL HEROÍSMO DEL DOCTOR HALLIDONHILL

A Louis-Henry May.

¡Matar para curar!

Adagio oficial de BROUSSAIS.

La insólita causa del doctor Hallidonhill va a ser vista próximamente en la audiencia de Londres. He aquí los hechos:

El 20 de mayo último, las dos amplias antecámaras del ilustre especialista, del sanador *a pesar de los pesares* de todas las enfermedades del pecho, rebosaban de clientes, como de costumbre, con su vez en la mano.

En la entrada estaba, ataviado con una larga levita negra, el autentificador de monedas: recibía de cada uno las dos guineas preceptivas, comprobaba su autenticidad con un golpe seco de martillo sobre un suntuoso yunque y gritaba *All right!* automáticamente.

En el gabinete acristalado —rodeado completamente de enormes arbustos tropicales plantados en maceteros japoneses— acababa de sentarse, ante su escritorio, el es-

tirado y diminuto doctor Hallidonhill. A su lado, cerca de un velador, su secretaria estenografiaba sus escuetas órdenes. En el marco de una puerta tapizada de terciopelo rojo, con remaches dorados, se erguía un doméstico de cuello monstruoso, encargado de expedir, uno tras otro, a los tambaleantes tísicos hacia el rellano de salida, donde el ascensor, de espaciosos asientos, los bajaba (aquí era cuando se pronunciaba el sacramental: “Siguiente”).

Los pacientes entraban, con la mirada vidriosa y velada, el torso desnudo, las ropas sobre el brazo; inmediatamente, les era aplicado, en el pecho y en la espalda, el plesímetro y el tubo:

– ¡Tik!, ¡tik!, ¡plaf! ¡Respire!... ¡Plaf!... Bien.

Seguía una prescripción dictada en algunos segundos y luego el célebre “El siguiente”.

Y, desde hacía tres años, cada mañana, desfilaba esta procesión, desde las nueve hasta las doce en punto de la mañana.

De pronto, justo ese día, 20 de mayo, a las 9 clavadas, una suerte de largo esqueleto, de cambiantes pupilas y de mejillas tan hundidas que se tocaban bajo el paladar, con el torso desnudo, semejante a una jaula envuelta en flácido pergamino, levantado por los ahogos de una tos quebrada, dudosamente vivo, en una palabra, una piel de zorro azul doblada sobre uno de sus descarnados antebrazos, alargaba el compás de sus fémures en la consulta médica, sujetándose para no caer contra las largas hojas de los arbustos.

– ¡Tik!, ¡tik!, ¡plaff! ¡Nada que hacer! –masculló el doctor Hallindonhill–, ¿soy yo un juez de instrucción para certificar el óbito? Expectorará, 8 días a lo sumo, el enorme champiñón de ese pulmón izquierdo: y el derecho es una espumadera!... – ¡Siguiente!

El criado iba a “despedir” al cliente, cuando el eminente terapeuta, golpeándose la frente, añadió con brusquedad, con una sonrisa intrincada:

– ¿Es usted rico?

– ¡Ar-chi-mi-llo-na-rio! –dijo entre estertores, todo lloroso, el desdichado personaje al que Hallindonhill acababa de despedir tan sumariamente del mundo.

– ¡Entonces, que su carruaje-cama lo deposite en la estación Victoria! ¡Tren expreso de las once con destino a Douvres! ¡Después, el paquebote! ¡Luego, de Calais a Marsella, coche cama con calefacción! ¡Y a Niza! Allí, seis meses a base de berros, día y noche, sin pan, ni vino, ni fruta ni carne. Cada dos días, una cuchara de agua de lluvia bien yodada. ¡Y berros, berros, berros!, machacados, molidos, en su jugo: ¡única posibilidad y gracias! ¡Ese pretendido curativo, con el que nos atruenan los oídos, considerándolo más que absurdo, lo ofrezco a un desesperado, pero sin darle el más mínimo crédito!

En fin, todo es posible... ¡El siguiente!

Una vez depositado delicadamente este tísico creso en el retiro acolchado del ascensor, dio comienzo la ordinaria procesión de pleuréticos, escorbúticos y bronquíticos.

Seis meses después, el 3 de noviembre, a las nueve en punto, una suerte de gigante de alegre y formidable voz, cuyo timbre hizo vibrar el acristalamiento del consultorio y estremecer las hojas de las plantas tropicales, un coloso mofletudo, de ricas pieles, abalanzándose, bomba humana, a través de las lamentables filas de la clientela del doctor Hallidonhill, penetró, sin vez, hasta el santum del príncipe de la Ciencia, quien, gélido, con su traje negro, acababa, como siempre, de sentarse ante su mesa de despacho. Aferrándolo con los brazos, lo elevó cual pluma y, bañándolo, en silencio, de blandos llantos, las mejillas pálidas y lampiñas, del galeno, lo besó y rebesó sonoramente, a la manera de una paradójica ama de cría normanda; luego, lo depositó, comatoso y casi sofocado, en su sillón verde.

—¿Dos millones? ¿Los quiere usted? ¿Quiere tres?-vociferaba el sansón, reclamo vivo y terrible. — ¡Os debo la respiración, el sol, los buenos alimentos, las pasiones desatadas, la vida, todo! ¡Reclámeme cantidades inauditas en concepto de honorarios: tengo sed de recompensa!

— ¡Ah, quién es este orate! ¡Que lo echen!... —articuló débilmente el doctor luego de un momento de postración.

— ¡No, no! —rugió el gigante con una mirada de boxeador que hizo retroceder al criado.— A propósito, entiendo que usted, mi mismo salvador, no me reconoce. ¡Soy el hombre del berro!, ¡el esqueleto acabado, desahuciado! ¡Niza, el berro, el berro, el berro! Hice mi semestre, y he aquí vuestra obra. ¡Tome, escuche aquí!

¡Y se aporreó el tórax con unos puños capaces de romper la crisma del primero de los toros de Middlesex!

– ¿Qué? –dijo el doctor saltando sobre sus pies–
¿Usted es...? ¡Qué, el moribundo que...!

– ¡Sí, mil veces sí, soy yo! –gritó el gigante.– Desde ayer noche, nada más desembarcar, encargué su estatua en bronce, ¡y conseguiré que le concedan un sepulcro para que lo entierren en Westminster!

Se dejó caer en un amplio sofá cuyos muelles crujieron y gimieron:

– ¡Ah, qué grata es la vida! –suspiró con la bendita sonrisa de un plácido éxtasis.

Tras dos palabras rápidas, proferidas en voz baja por el doctor, el secretario y el criado se retiraron. Una vez a solas con su resucitado, Hallindonhill, mesurado, pálido y glacial, con mirada nerviosa, observó al gigante durante algunos instantes, en silencio; y, luego, a bocajarro:

– ¡Permítame, en primer término –murmuró con tono extraño– que le quite esta mosca de la sien!

Y, precipitándose sobre él, el doctor, sacando de su bolsillo un revólver corto *bull-dog*, lo descargó dos veces, muy rápidamente, sobre la arteria temporal derecha.

El sansón cayó, la caja ósea levantada, salpicando con su cerebro agradecido la alfombra de la estancia, que sacudió con sus palmas durante un minuto.

Diez tijeretazos, sobretodo, traje y ropa interior, cortados al azar, dejaron a la vista el pecho, que el grave ci-

rujano, con una sola incisión de su largo bisturí quirúrgico, abrió de abajo a arriba.

Un cuarto de hora más tarde, cuando el “constable¹¹” entró en el gabinete para pedir al doctor Hallindonhill que tuviera a bien seguirlo, este, sereno, sentado ante su mesa, con una potente lupa en la mano, escrutaba unos enormes pulmones, geminados, desinflados, sobre su sanguinolento escritorio. El genio de la Ciencia trataba, en este hombre, de registrar la archimilagrosa acción del berro, a un tiempo lubricante y regenerativa.

– Señor *constable* –dijo, poniéndose en pie– he estimado conveniente inmolar a este hombre; su inmediata autopsia podía revelarme un secreto salutífero para el degenerado árbol aéreo de la especie humana: por tales motivos, no he vacilado, lo confieso, en SACRIFICAR, AQUÍ, MI CONCIENCIA... A MI DEBER.

Huelga añadir que el ilustre doctor ha sido puesto en libertad bajo garantía meramente formal, su libertad no es más provechosa que su detención. Este extraño caso va ahora a ser visto por las audiencias británicas. ¡Ah, qué maravillosos alegatos va a leer Europa!

Todo induce a esperar que este sublime atentado no supondrá para su héroe la horca de Newgate, *los ingleses son gentes que han comprendido, como todos nosotros, que el amor exclusivo por la Humanidad futura, con perfecto desprecio por el Individuo presente, es, en nuestros días, el único móvil que debe disculpar, a pesar de todo, las magnánimos excesos de la Ciencia.*

¹¹ Término inglés que sirve para designar a un oficial de policía.

LOS FANTASMAS DEL SEÑOR REDOUX

A Rodolphe Darzens.

Basta que sea bueno
para estar contentos.
XAVIER AUBRYET.

Una noche de abril de estos últimos años, uno de los más justamente apreciados ciudadanos de París, Antoine Redoux —antiguo alcalde de una localidad del Centro—, se hallaba en Londres, en Baker-street.

Cincuentón jovial, entrado en quilos, naturaleza “expansiva”, pero espíritu práctico en los negocios, este digno cabeza de familia, genuino dechado social, no escapaba empero más que otros, cuando estaba a solas y se ensimismaba, a la obsesión de algunos fantasmas que, a veces, surgen en los cerebros de los más comedidos industriales. Esos cerebros, al decir de los alienistas, una vez dejan los negocios, constituyen mundos misteriosos, con frecuencia incluso bastante temibles. Sucedió al señor Redoux, retirado en su gabinete, de entretener su espíritu en alguna de esas confusas ensoñaciones, de las que no dijo ni palabra a nadie, el “antojo” a veces extraño,

mimado por él, se tornó bien pronto despótico y pertinaz hasta el punto de obligarle a materializarlo. Dueño de sí en toda ocasión, sabía disiparlo (¡con un hondo suspiro!), cuando la menor incidencia de la vida real venía, de golpe, a despertarlo, de suerte que esos mórbidos ataques no tenían apenas consecuencias; sin embargo, desde hacía largo tiempo, hombre circunspecto, desconfiando de semejante “flaqueza”, se vio forzado a llevar un régimen de vida más sobrio, que evitara las emociones que pudieran suscitar en su cerebro el surgimiento de cualquier *idea fija*. Ante todo, bebía poco, temeroso de verse llevado, por la ebriedad, hasta MATERIALIZAR, efectivamente, alguna de esas manías repentinas, de las que se avergonzaba secretamente al día siguiente.

Mas esta noche, el señor Redoux habiendo, baja la guardia, cenado copiosamente, en casa de su socio (con el cual había cerrado a los postres un productivo negocio, finalidad de su viaje allende el canal de la Mancha), no se dio cuenta de que los insidiosos vapores del Oporto, del Jerez, de la cerveza inglesa y del champaña, alteraron, ahora, un poco, la susceptible lucidez de esos espíritus. A pesar de que no era en absoluto tarde, haciendo caso a su instintiva prudencia, regresaba al hotel, cuando se sintió, súbitamente, sorprendido por un brumoso chapparrón. Y dio la casualidad de que el portal donde corrió a guarecerse, era el del célebre museo Tussaud, a fe mía, tanto para prevenir un catarro, en un cómodo abrigo, cuanto por curiosidad, para matar el tiempo, el antiguo munícipe de una localidad del Centro, tirando el cigarro, subió la escalera del museo de cera.

En el umbral mismo de la espaciosa sala en la que se encontraba, en una equívoca inmovilidad, esta extraña asamblea de personajes ficticios, con ropas discordantes y tornasoladas, la mayor parte testas coronadas, una especie de multitudinarios grabados de las modas de los siglos, Redoux se estremeció. Un objeto se le apareció, al fondo, sobre el estrado de la Cámara de los Horrores, dominando toda la sala. Era el viejo artilugio que, avalado por las credenciales de fidedignos documentos, había servido, en Francia, en pasados tiempos, para la ejecución del rey Luis XVI: esta noche, excepcionalmente, la Dirección lo había sacado del almacén, ya que necesitaba algunos arreglos: su base estaba carcomida.

Ante este espectáculo y enterado, por el programa, de la procedencia del aparato, el excelente liberalmoderno se sintió dispuesto, por el rey mártir, a cierta generosidad moral —merced al productivo día que tuvo. Sí, al margen de todas las opiniones, prontas a censurar cualesquiera excesos, sintió su corazón conmoverse en favor de la augusta víctima evocada por ese grave género de cosas de la Historia. Y como en esta naturaleza inteligente, cuadrada, pero bastante *impresionable*, las emociones arraigan con rapidez, el tropel abigarrado de oro, de seda, de púrpura y de perlas de los personajes de cera apenas mereció una mirada vaga y circular. Fuertemente impresionado por esta guillotina, pensando en el gran drama pasado, vio, naturalmente, el zócalo donde se levantaba, en un pasillo lateral, la reproducción aproximada de Shakespeare y tomó asiento, muy cerca, haciéndole compañía, en un banco.

Cualquier emoción torna expansivas a las naturalezas exuberantes: el antiguo alcalde de la localidad del Centro, percatándose de que uno de sus vecinos (francés, según su parecer y según todas las trazas) parecía recogerse, se volvió sobre ese probable compatriota y con un tono pesaroso, dejó caer, para tantear, como se dice, el terreno, algunas ideas anodinas respecto de “la impresión CASI triste que causaba *esta* siniestra máquina, fuera cual fuera la opinión que se sostuviera.”

Pero, habiendo mirado con atención a su interlocutor, el excelente hombre se detuvo en seco, un poco ofendido: acababa de comprobar que, desde hacía dos minutos, hablaba a uno de esos numerosos *trampantojos*, tan difíciles de distinguir de los reales, y que los Directores de los museos de cera se permiten, maliciosamente, sentar en los bancos destinados a los vivos.

En ese instante, se avisaba a voces de la hora del cierre. Las lámparas se apagaron con rapidez y los últimos curiosos, retirándose como a regañadientes, lanzaban miradas sumarias sobre el fantasmagórico entorno, esforzándose por compendiar de ese modo la visión general.

Sin embargo, su retornada expansión, mezclada de excitación mórbida, había transformado, en su íntima colisión, la primera impresión, ya insana, en una “manía” de una intensidad inaudita, una suerte de idea fija harto sombría, que agitaba, de repente, sus cascabeles, bajo su cráneo, y contra la cual no se tiene ni siquiera la idea de resistir.

“¡Oh!, pensemos, representarse a sí mismo (¡sin peligro, claro está!) las terribles –terribles– sensaciones que hubo de experimentar, ante esta letal plancha, el honrado rey Luis XVII!... ¡Creer serlo! ¡Volver a escuchar, en la imaginación, el redoble de los tambores y la frase del abad Egdeuorth de Firmont! Luego, dar rienda suelta a su necesidad de generosidad moral, dándose el lujo de lamentar (pero, aquí, ¡sinceramente!... dejando al margen las opiniones), ese digno cabeza de familia, ese varón excesivamente bueno, excesivamente generoso, ese varón, en fin, tan bien adornado con las virtudes de las que él, Redoux, se reconocía poseedor! ¡Qué nobles minutos por pasar! ¡Qué dulces lágrimas para volver a derramar!... ¡Sí, pero, para eso, habría que estar solo, ante esa guillotina!... Entonces, en secreto, sin ser visto por nadie, entregarse, con entera libertad, a ese soliloquio tan *halagüeñamente* conmovedor! ¿Cómo hacer? ¿Cómo hacer?...”.

Tal era la extraña manía que cabalgaba, nublado por los vapores de los caldos franceses y españoles, el espíritu, un tanto afiebrado ya, del honorable señor Redoux. Examinaba los extremos de los largueros, revestidos, esta noche, con una diminuta funda que ocultaba la cuchilla, sin duda para evitar herir a las personas que se hubieran visto obligadas a verla. Y, como el antojo, en esta ocasión, quería verse verificado, una brillante treta, surgida de la dificultad que había que vencer, iluminó el entendimiento de M. Redoux:

– ¡Bravo!, ¡eso es...! -murmuró-. Después, con una llamada, al ir a aporrear la puerta, me las arreglaré para

que me abran. Tengo fósforos; un farol de gas, ¡trágica luz!, me bastará... Diré que me dormí. Entregaré media guinea al mozo; todo irá bien.

El crepúsculo se había adueñado de la sala: un farol lucía solo, sobre el estrado —con esto llegaría hasta el amanecer. Hachones, cristales, sedas, emitían destellos. Nadie, salvo el mozo encargado del cierre que avanzaba por el pasillo de Shakespeare. Volviéndose sobre su *vecino*, el señor Redoux, de repente, quedó inmóvil; su gesto ofrecía un asidero; su sombrero, de amplios bordes, sus manos enrojecidas, su figura iluminada, sus ojos medio entornados y fijos, los pliegues de su larga levita, rígido de los pies a la cabeza, conteniendo la respiración, parecía, como dos gotas de agua, una figura más. En la casi total oscuridad, el mozo del museo, al pasar cerca del señor Redoux, bien porque no lo advirtiera, bien porque pensara que se trataba de una nueva adquisición sobre la que la Dirección no le había prevenido, le dio, como a un vecino taciturno, levemente con el plumero, para alejarse acto seguido. Un instante después, las puertas volvieron a cerrarse. El señor Rodeaux, victorioso, pudiendo, al fin, materializar uno de sus sueños, se hallaba solo en las azulinas tinieblas, sembradas de destellos, del salón de cera.

Abriéndose paso, con la punta del pie, a través de todos esos vagos reyes y reinas, hasta el estrado, ascendió lentamente los peldaños hasta el lúgubre artilugio: la argolla de madera miraba de frente a toda la sala. Redoux cerró los ojos para mejor recordar la antigua escena, —y gruesas lágrimas no tardaron en rodar por sus mejillas—. Pensaba en las que conformaron el alegato en-

tero del viejo Malesherbes, el cual, encargado de la defensa de su rey, no pudo evitar deshacerse en lágrimas delante de la “Convención nacional”.

—Desdichado monarca —exclamó Redoux sollozando— ¡oh, cómo te entiendo!, ¡qué padecimientos los tuyos! ¡Pero desde la niñez contribuyeron a perderte! Fuiste la víctima propiciatoria de la necesidad de los tiempos. ¡Cómo te compadezco, desde el fondo de mi alma! ¡Un padre de familia... es comprendido por otro! Tu crimen no fue otro que el de ser rey. ¡Pero, después de todo, yo HE SIDO UN ALCALCE CUMPLIDO! (Y el harto compasivo burgués, un tanto extraviado, agregó entre hipidos con ademán de sostener algo: — ¡Sire, valor! ... Todos somos mortales... Que Vuestra Majestad se muestre digno...).

Luego, mirando la plancha y haciéndola bascular:

— ¡Pensar que se echó ahí encima! —murmuró el excelente hombre.— Sí, más o menos, somos de la misma estatura, y del mismo grosor.

“Se muestra sólida aún, buena fijación. ¡Oh, cuáles fueron, mejor, cuánto duraron sus supremos pensamientos, una vez tendido sobre esta plancha! ¡En tres segundos, hubo de parar mientes en siglos enteros!

“¡Veamos! El señor Sanson¹² no está presente: si me tiendo —sólo un momento— para conocer... para tratar de experimentar... moralmente...

¹² Charles Henri Sanson (1740-1793), verdugo encargado de la decapitación de Luis XVI.

Diciendo esto, el digno señor Redoux, adoptando una expresión resignada, cuasi sublime, se inclinó, al principio, suavemente, luego, se tendió poco a poco sobre la sugerente báscula, tan bien que pudo contemplar el círculo abierto de los dos crecientes cóncavos, ampliamente entreabiertos, del collar.

– ¡Aquí, detengámonos aquí, y meditemos! ¡Qué tribulaciones debieron de asaltarle!

Y se enjugó los ojos con su pañuelo.

La plancha continuaba en plano inclinado hacia los largueros. Redoux, buscando instalarse más cómodamente, hizo un ligero movimiento que deslizó la plancha hasta el extremo del collar, de tal suerte que, el azar aún le era propicio, el ex alcalde se encontró, sin brusquedades ningunas, con el cuello apoyado sobre la medialuna inferior.

– ¡Sí, te entiendo y me lamento! –masculló el honrado Redoux.– ¡Y me consuela pensar que una vez, en este mismo lugar, dejaste de padecer!

Dicho esto, al hacer un movimiento para incorporarse, le llegó a través de su oído derecho un ruido seco y leve. ¡Crrrick! Era la media luna superior que, sacudida por la agitación del contribuyente, acabó, al deslizarse, por encajar en su resorte, aprisionando, de este modo, la cabeza del antiguo funcionario.

Cosa singular, este mínimo incidente súbitamente lo despertó. Inmediatamente, su rostro se tornó del color

del yeso y su sangre fluyó por sus arterias con espantosa celeridad; sus ojos, a un tiempo extraviados y sin brillo, hacían juegos, como bajo la acción de un vértigo y de un horror loco; sacudido por un estremecimiento, su cuerpo helado se envaraba; sus dientes castañeteaban. Trastornado por su agudo ataque de fantasmomanía, se persuadió de que, *al no estar aquí el señor Sanson*, ningún peligro tenía que temer. ¡Y he aquí que acababa de pensar que a siete pies por encima de su falso cuello y empotrada en un peso de cien libras estaba suspendida la cuchilla; que la madera estaba carcomida por los gusanos, que los resortes estaban oxidados, y que toqueteando de este modo, al azar, se arriesgaba a pulsar el botón que hiciera caer la cosa!

Su cabeza llegaría rodando hasta los pies de cera de todos los fantasmas que, ahora, le parecían una suerte de asistencia aprobatoria, pues los reflejos del fanal, vacilantes sobre todos esas figuras, revitalizaban su impasibilidad. ¡Lo observaban! Esta muchedumbre de mirada fija parecía esperar... - “¡A mí!”, dijo entre estertores; y no se atrevió a reanudar sus palabras, diciéndose, en un exceso de sus angustias, que la sola vibración de su voz podía bastar para... Y esta idea fija surcaba su frente lívida, tiraba de sus generosos mofletes; un hormigueo le recorrió el cráneo, pues, en ese negro silencio y ante la horrible absurdidad de una tal muerte, sus cabellos y su barba comenzaron gradualmente a encanecerse (los condenados, durante el aseo de la agonía, han experimentado muchas veces este fenómeno). Los minutos lo envejecían como si fueran días. A un crujido repentino de la madera, se desmayó. Al cabo de dos horas, al volver

en sí, le glacial sentimiento de su situación le hizo saborear un nuevo género de íntimo tormento, hasta el momento en que la súbita roedura de un ratón le causó un síncope definitivo.

Al abrir los ojos, se halló, semidesnudo, en una butaca del museo, rodeado de mozos y de operarios que le daban friegas con paños calientes, le hacían aspirar álcali, vinagre, le frotaban las manos...

– ¡Oh!... –balbuceó, con semblante extraviado, con la vista puesta en el estrado de la guillotina.

Una vez comenzó a reponerse, murmuró:

–¡Qué sueño!, ¡oh, la noche bajo la temible cuchilla!

Luego, con unas pocas palabras, bosquejó una historia: “Movido por la curiosidad, él había querido *ver*: la plancha se había deslizado, se le había ceñido el collar y llegó a sentirse mal...”

– Pero, señor –le contestó el mozo del museo, el mismo que le había quitado el polvo la víspera– usted se ha alarmado sin motivo.

– ¡¡Sin motivo!! –articuló penosamente Redoux, la garganta aún rodeada.

– Sí, el collar carece de muelle y son sus extremos los que, al tocarse, han producido el ruido; y si lo coge así, puede soltarlo; y en cuanto a la cuchilla...

Aquí el mozo, subiendo al estrado, retiró con la ayuda de un palo, la funda vacía:

– Hace dos días que la llevaron a revisar.

Ante estas palabras, el señor Redoux se puso en pie, cobró firmeza y miró boquiabierto.

Después, viendo su reflejo en un espejo, diez años más viejo, entregó, en silencio, arrasado en lágrimas, sinceras esta vez, tres guineas a sus libertadores.

Hecho lo cual, tomó su sombrero y abandonó el museo.

Una vez en la calle, se encaminó hacia el hotel, a coger su equipaje. Esa misma noche, en París, corrió a teñirse, volvió a su casa y de su boca nunca salió una palabra sobre su aventura.

Hoy, desde la encumbrada posición que ocupa en una de las Cámaras, no se permite la más mínima dispensa del régimen que sigue contra su inclinación a la ensoñación.

Pero el honorable *leader* no ha olvidado su penosa noche. Hace unos cuatro años, hallándose en un salón neutral, en medio de un grupo que se hacía eco de las quejas de determinados diarios sobre un exilado regio, uno de los miembros de la extrema derecha pronunció de repente las desaforadas palabras que siguen –¡todo termina sabiéndose!– mirando al blanco de los ojos del antiguo alcalde de la localidad del Centro...

—“¡Señores, créanme; los reyes, incluso los difuntos, tienen una manera... a veces harto desdeñosa... de castigar a los bromistas que se atreven a darse el hipócrita gusto de compadecerlos!”.

Ante estas palabras, el honorable señor Redoux, un hombre ilustrado, sonrió y cambió de conversación.

LA CASA DE LA FELICIDAD

¡Allí, todo es orden y belleza,
Lujo, calma y voluptuosidad!
CHARLES BAUDELAIRE,
La invitación al viaje.

Dos buenas personas se encontraron en esa hora de los años que precede a la maravillosa caída del otoño; la hora en la que, en los frondosos bosques y después de una tormenta, la estrella de la noche, la Melancolía, despierta e ilumina con miles de tintes mágicos todas las almas bien nacidas.

Antaño, ¡oh, recuerdos ya remotos!, estas dos almas, desde las primeras auroras, vinieron al mundo blancas desde la cuna y dotadas, en punto a nostalgia, de una suerte de lánguida pasión únicamente por las cosas celestiales. Se habría podido decir de ellos que eran eternos infantes predestinados a morir como pájaros que alzan el vuelo y que el lirio de la mañana era la única flor digna de sus castas tumbas.

Sin embargo, estaban destinados a vivir y la Humanidad se les impuso con sus pugnas y sus asombros.

Ella y él, separados por ciudades y regiones, crecieron en ambientes muy similares y sin haberse visto nunca.

En el curso de su existencia, bajo todos los cielos, hubieron de conllevar el saludo de los viandantes corteses, las miradas risueñas, los semblantes suspicaces, las admiraciones oficiales, los juicios prestados, las preocupaciones ociosas, las nonadas en pareja, los corazones exclusivamente lascivos, los políticos interesados, los fementidos elogios, en cuyas plurales presencias, harto distinguidas, se olía a bosque en descomposición.

¡Ah!, si estos dos hubieran, como nosotros, nacido en esos tristes países occidentales que quisieron crear en la tierra el “exacto” reino de la Justicia y desprendiéndose de buena gana de los instintos de allá arriba —únicos que constituyen al Hombre de carne y hueso— prefieren aventurarse, *libremente*, impelidos por una Razón desesperada, a través de las azares y los fenómenos, pagando cada “descubrimiento” con un endurecimiento más sordo del corazón.

A la vista de este espectáculo, ¿no sería más sabio, humanamente hablando, y a ojos, al menos, de la gente de “mundo”, dejarse llevar, con concesiones a la curiosidad, aceptando del curso del tiempo tan solo la sensualidad física o intelectual y sin otras pasiones que la de un cómodo eclecticismo?

No obstante, tanto Paule de Luçanges como el Duque Valleran de la Villethéars, comenzaron desde sus años más tiernos a sentir un creciente asombro por formar

parte de una especie en la que la decadencia de toda fe, de cualquier desinteresado entusiasmo, del amor noble o sagrado amenazaban con convertirse en algo endémico.

Ninguna distracción podía alejarlos del humillante disgusto que sentían, siendo todavía niños, sin ni siquiera dejarlo entrever, por una especie de caridad extremadamente dulce de la que estaban esencialmente penetrados. Paule, esbelta, con la belleza de una Hipatia cristiana, pertenecía a esa clase de mundanas con corazón de vestales que, protegidas mejor que las Sand, las Safo, las Sévigné e incluso las Staël de la vanidad de escribir, conservan, sin contaminar, el resplandor virginal de su estro para un único elegido. Aparentemente, el elegido no se distinguía del resto de los mortales más que, a veces, por una leve mirada, muy penetrante, cuya indefinible impresión disolvía o agitaba a su alrededor los más anodinos cuidados.

Así pues, ambos disfrazaban, bajo las irreprochables apariencias que imponen las conveniencias a las personas bien educadas, las geniales facultades de meditación que el Creador había dispensado a sus solitarios espíritus. Y de tarde en tarde estos peculiares adolescentes —como si se tratara de unos despóticos deberes de un rango tal que constituía un honor permitírseles— se alejaban de las mil distracciones tan caras, de ordinario, a la juventud elegante.

¿No perdían las horas doradas de su lozanía en reflexiones tan soñadoras como sin duda estériles, relativas a... pongamos por caso, esos nebulosos problemas —pres-

tigiosos, insignificantes, aburridos o irresolubles- a los que, sin embargo, se veían compelidos por una extraña singularidad de conciencia?

– Quizás.

– Pero les parecía que a su alrededor, el Espíritu en acción de los tiempos –ocupado en dar a luz, por la gloria de un prestigioso Futuro, al monstruo de una quimérica Humanidad decapitada de Dios– los intimidaba, también a ellos, en lo que concernía a *lo humano* de sus personas, a optar, en su fuero más íntimo, entre sus atávicas aspiraciones y Él.

El reciente ideal (ese progresivo Bienestar, siempre proporcional a las necesidades de los países y de la edad y cuya consecución suscita nuevos deseos, revela *lo Ilusorio* indefinido... y, por ende, la letal demencia de confiar nuestro supremo Objetivo...), no supo despertar en sus inteligencias más que una total y absoluta indiferencia. La orgullosa prisión de tal fin no podía, de hecho, seducir o inquietar ni por un instante a estas dos conciencias que, sumidas como estaban en la Luz y la Humildad, tenían muy presente su origen. Y esa realidad tambaleante en la que se resuelven a menudo los fascinantes espejismos en cuyo favor el antiguo opio de la Ciencia ciega los ojos de nuestro contemporáneos, esas “conquistas del Hombre moderno” les parecían, en efecto, infinitamente menos provechosas que mortalmente inquietantes, resaltando particularmente la cuasi simiesca atrofia del Sentido sobrenatural que ocasionaban y la suerte de osificación del alma que llevaban con-

sigo. Imbuidos de un atavismo QUE EN REALIDAD PROVENÍA DE DIOS se hubiesen (hambrientos, incluso) negado, por instinto, ciertamente, a ceder, a pesar del ejemplo, los derechos sagrados de su consciente primogenitura contra todas las venenosas papillas con las que un Actualismo caduco hubiera tratado de sobornar su inanición. En cuanto a ese Futuro, cuya iglesia de tercios retóricos profetizaba el perdurable y sublime esplendor, estos dos jóvenes vacilaban en infatuarse hasta el extremo de olvidar en exceso, pues, a fin de cuentas (¿no es un testimonio escandaloso esos veintiséis cambios de opinión con los que no cesa de ensordecernos, bajo nuestros pies, la amenazadora geología o incluso silenciando los muy inquietantes descubrimientos de la moderna astronomía?), el universo revela, intempestivamente, en numerosas ocasiones, ser un lugar escasamente seguro para haber acariciado por un solo instante la idea de instalarnos en él para siempre.

De suerte que todos los visajes intelectuales de la Ciencia, todas las casas de muñecas donde se posa el muro de carga de la Humanidad, todos los desesperados estremecimientos de metafísicas que no convencen, todo el hipnotismo de un Progreso —tan magníficamente natural, iluminado por la providencia de un Dios revelado, que, sin Él, resultaría de una desgarradora vanidad—, todo eso no les parecía tan *serio* ni tan *útil* en esencia como la simple e innata mirada del Hombre hacia el Cielo.

Socialmente, sin embargo, les resultaba difícil, en su fuero interno, condenar a la ligera la evidencia del esfuerzo de todos hacia la Justicia en mayúsculas, hacia una

equidad más alta que la condenada por el Pasado. Pero los logros concretos obtenidos por la aplicación de estas teorías humanitarias —prestadas, por lo demás, del Cristianismo eterno— parecían estar, había que reconocerlo, hasta ahora en desacuerdo con las admirables intenciones de sus partidarios. ¿Cómo no reconocer, de hecho, que los más libres, los más orgullosos y los más celosos de la Libertad, entre los distintos pueblos, son los mismos que, con látigos ensangrentados en la mano, atormentan más a sus esclavos, saben humillar mejor a sus pobres y prefieren *siempre*, entre los crímenes posibles, los más viles?

¿Cómo evitar, en todos los países, el espectáculo de estas triunfantes lupercales¹³ en los que las mayorías —víctimas de un patriotismo hartamente lucrativo, de elocuencias foráneas— desbordan de gozo tan preocupantemente y cuyo sereno servilismo —que gira solamente en función de la inspiración de esas desalentadoras traiciones filosóficamente insensibles a cualquier castigo o desprecio— establece otra vara de medir en cuya desesperante inanidad se aplacan las revoluciones? Y, para concluir, ¿cómo no comprender, sin esfuerzo, que habida cuenta de la ley de la desproporción innata de las inteligencias, en su diversidad de aptitudes, el sedicente reino de una Justicia puramente humana no dejaría de ser más que el despotismo de la Medianía que se prevaldría, alegremente, de ¿qué?... pues del número para someter a aquellos cuyo genio constituye, él solo, la sustancia misma del Espíritu

¹³ “Fiestas que en el mes de febrero celebraban los romanos en honor al dios Pan.”
DRAE.

Humano; posee, él solo, por derecho *divino*, calidad para determinar y dirigir sus legítimas tendencias!

Sin embargo, sin renunciar a juzgar la actual moda de las ideas septentrionales, el noble soñador y la hermosa soñadora, apartaban la mirada tanto como les era posible de la enigmática representación terrena, cifrando siempre sus meditaciones en este conjunto de pensamientos:

— *¿Qué le importa a la Fe auténtica el vano escándalo de ese manojó de sombras que desaparecerán mañana para hacer sitio a otros simulacros análogos?*

“¿Qué puede importar que detengan hoy, como hicieron ayer, como harán mañana, la corteza material de un Poder cuya esencia les es inaccesible? Nadie puede adueñarse de algo hasta que lo experimenta y si ese algo es bello, noble —en suma, originariamente divino, aunque el poseedor sea de materia ruin, esto es, de una prudencia hecha de instintos necesariamente humillantes— la belleza, la nobleza, la divinidad de ese algo se desvanecen de inmediato con el mero contacto del usurpador y no poseerá nunca nada más que su dolosa profanación. En una palabra, no experimentará, como en todo lo demás, otra cosa distinta de la vileza de su propio ser, nada distinto de la desalentadora, nítida y bestial certeza de la mediocridad de su ser: nada más. Lo cual no debe irritarnos.

Acaso, nuestros protagonistas se afligían un tanto por estas fatalidades de la época (pero sin olvidar que hubo siglos peores) y se refugiaban cada día en esas visiones que el Arte más sublime es capaz de ofrecer a las almas castas y solitarias, a esos dos prometidos de la Esperanza que, a pesar de los años, seguían aguardando.

No se percataron nunca de la diferencia de naturaleza que había entre ellos y la mayor parte de los dignos contemporáneos que los rodeaban. No. Estos seres del *más allá* rehusaron permanentemente rendirse, incluso a las evidencias más terribles, que tenían por pasajeras y que disculpaban con una indulgencia nunca vista. ¡Cómo hubieran desenmarañado sus miradas, cautivadas aún por los reflejos anteriores a sus ojos carnales, el infierno fundamental que constituía la frivolidad social! Por esta razón, su crédula sensibilidad, anegada completamente por angelicales lágrimas, era incesantemente sorprendida, aceptando mil mentiras y “dolores” tan mediocres, que no eran dignos de tal nombre. A su lado, bastaba con *parecer* durante un tiempo que se *sufría*, para que esos corazones imperecederos se desbordaran, y se tornaran prodigios y consoladores. ¡Ah, qué gozo, propio de ángeles custodios, poder perderse y dedicarse a los abandonados! ¡Qué importa si lo más frecuente es que los mismos no se dignaran acordarse de los “ángeles” más que para censurar, siempre con algún retraso, la humillante irrealdad!

Así lucía su caridad, esa divina distracción de los justos e incluso de los ávidos de diversiones cuya característica es la de experimentar una suerte de rabiosa aversión con la mera intuición, incluso oscura, del más mínimo acercamiento de las almas soberanas, y la sola idea de que estas pudieran aún existir les parece insostenible, fatigosa y sublevadora. Tuvieron la deferencia de mantenerse alejados en todo momento de esa clase de personas, para ahorrarles el enojo de esa sensación tan natural.

La señorita De Luçanges y el Duque de Villethéars atravesaron, cada uno por su lado, esa existencia hasta el mortal día en que los dos, y casi al mismo tiempo, se percataron de las sofocantes bocanadas, que surgían de los retozos de esa Mediocridad universal, ¡y que habían propagado el contagio hasta los suyos, hasta sus hermanos, hasta sus “iguales”, hasta la mayor parte de sus príncipes y sacerdotes!...

Entonces, se les heló tan terriblemente el corazón que cayeron en una especie de aguda lasitud comparable solo a la que un Dios mártir puede experimentar ante la negación de su discípulo. Humillados por sentirse solidarios incluso de esos abusos tan cercanos, cedieron a la tentación de la desesperanza, que sacudió sus sagrados corazones y que ensombreció sus más íntimas creencias, hasta su fe en Dios.

Ni él ni ella pertenecían, de hecho, a la legión de esos espíritus creadores, aleccionados para mantener la cabeza alta ante los escándalos de la Humanidad y cuyo fugaz aliento de infinito, sofocaría las más rugientes ráfagas; no eran más que dos inteligencias exquisitas y maravillosamente dotadas de una calidad comparable a las flores azotadas por la lluvia.

Nunca se lamentaban y bien pronto se convirtieron en dos almas en pena, desencantadas del mismo sacrificio y a las que ningún festín podía aumentar ni disminuir la soberana amargura de su aburrimiento.

Ahora solo les queda la avidez del exilio. “¿Lamentarse? ¡Cómo juzgar! ¿De qué serviría, por lo demás? Tiempo perdido.”

Una necesidad de despedirse los ahoga. Eso es todo, puesto que piensan que han ganado el derecho a olvidar. En ocasiones, apenas se dignan en esconder, bajo la palidez de una sonrisa, su morosa indiferencia. Poseedores de una clarividencia inconsolable, llevan en sí mismos su soledad y no pudiendo tampoco verse defraudados, la miserable comedia, entre ellos y la muchedumbre social, toca a su fin.

Así que desde el mismo instante en el que el Destino los puso frente a frente, se reconocieron con una mirada y se amaron, sin palabras, con ese irresistible amor que es el tesoro de la vida. ¡Oh, exiliarse en alguna morada nupcial para salvar del desastre de sus días, al menos un otoño, una deliciosa escapada de felicidad de tintes adorablemente marchitos, una melancolía estilizada! Celosos de su secreto, seguros de sus pensamientos, se cartearon. Con la decisión tomada, desaparecieron para encontrarse, no en uno de sus imponentes castillos, como si de visitantes se tratara, sino en ese retiro, ignorado de todos, que escogieron a conciencia y que decoraron con elegancia según el gusto de sus almas, para ocultar allí su temporada en el paraíso.

La casa de la Felicidad domina un acantilado y se halla al norte de Francia ya que, al fin y al cabo, es la patria. Está rodeada por los verdeantes muros de un inmenso jardín, compuesto por un césped, completamente en flor, en medio del cual, entre sauces y grises estatuas, re-tumba en una pileta de mármol, el alargado cohete de nieve de un surtidor de agua.

Dos alamedas laterales de altos árboles se prolongan solitariamente. La solemnidad y el silencio de este lugar resultan dulces e inquietantes como el crepúsculo. ¡Allí, el aislamiento es completo! Un rayo occidental en las ventanas —inmediatamente enrojecidas— de la blanca fachada; una hoja que al caer, desde la bóveda de una alameda, remolinea sobre la tierra; el lejano rumor de los pescadores o la huída acelerada de las nubes sobre el mar; el aroma, repentinamente más sutil, de un manojo de rosas húmedas que roza una avechilla extraviada, entre otros mil sucesos, imperceptibles por lo demás, parecen erigirse en advertencias completamente *anómalas* de lo efímero de los días.

¡Y cuando presencian, en sus paseos, toda esa belleza, mientras un ameno secreteo liga sus almas bajo el encanto de un mutuo abandono, en esas ocasiones, los dos exiliados vibran al unísono, sin saber por qué! Meditabundos, se detienen: el tono risueño de sus palabras se disipa. ¿Qué han sentido? Solo ellos lo saben y se entrelazan las manos, conturbados por una sensación mortal. El rostro de la amada se apoya lánguidamente en el hombro del amado y las lágrimas, trémulas en sus pestañas, ruedan por sus empalidecidas mejillas.

Y cuando la noche oscurece el cielo, el lacayo, un doméstico taciturno, al servicio de una de las familias desde antiguo, enciende las lámparas de la casa.

Pero la amada —las mujeres son así— se demora complacida entre las flores, sobre el césped, ronizando con sus labios cualquier corola ya cerrada. Luego, regresan juntos.

¡Desde el vestíbulo de la deliciosa mansión, se aspiran aromas a ébano, a flores muertas y a lánguido ámbar! ¡Tanto se han afanado en embellecerla que hoy es el vivo retrato de sus sueños!

Junto a los paños que separan las estancias, se aprecian mármoles de exquisitas líneas blancas, paisajes de bosques y, colgados de las antiguas tapicerías de las paredes, pasteles con rostros de amigos difuntos y desconocidos. Sobre las cómodas, hay vasos con tonos de pedrería y cristalerías de Venecia, de colores apagados. Acá y allá, clavados en tejidos orientales, relucían, entre lívidos destellos, incrustados de oro añejo, trofeos de armas inmemoriales. En las esquinas, enormes arbustos tropicales. Allí, el piano de ébano, mudo, como los pensamientos bajo las divinas y hermosas armonías. Sobre los anaqueles o sobre la seda malva de los cojines, libros abiertos de doctas y arrulladoras páginas, que leen juntos y cuyas alas invitan a sus espíritus hacia otros mundos.

Y como en efecto nadie posee más que aquello que experimenta, de lo cual tienen clara conciencia, y siendo dos perseguidores de impresiones indelebles, gozan de veladas cuyo encanto oprime sus almas con un sentimiento íntimo e incisivo de eternidad. A menudo, al observar la sombra que los objetos proyectan sobre las seculares colgaduras, desvían la mirada sin motivo aparente.

Sombrías esculturas flanquean algún gran espejo, cuyo azulado líquido refleja el repentino fulgor de un astro; y el inconstante viento, afuera, sacude, en la pe-

numbra, las hojas del jardín; y las solemnes e indescribibles ansiedades que despierta en ellos, cuando llega la hora distinta y sonora, el misterio de la noche; todo les susurra, a su alrededor, esa lengua inmemorial del antiguo sueño de la vida, que oyen nítidamente gracias a su sagrado recogimiento. Al no permitir a la dignidad de sus personas apartarse de esa convicción sin principio ni fin, acumulan sabiduría para magnificar, con toda la belleza de lo Oculto y lo Sobrenatural, de cuyo sentimiento participan, la intensidad de su amor.

Así, prolongan las horas, de delicioso modo, en tertulias exquisitas y profundas, en abrazos en los que sus cuerpos no difieren del de los Ángeles, en sugerentes lecturas, en misteriosos cánticos, en muelles alegrías. En su soledad, podrán experimentar siempre nuevas y cada vez más vivas sensaciones, ¡supramortales!, que muy pocos de sus “semejantes” se cuidarían de envidiar. Encarnan, en definitiva, toda la poesía de sus inteligencias en su más elevada culminación. Sus auroras y sus días, también sus tardes y sus noches, constituirán evocaciones de maravillas. Sus corazones, inflamados tanto por ideales como por extraviadas ansias, se abrirán como dos místicas rosas de Idumea¹⁴, gozosas de poder perfumar las alturas de su país, a cierta distancia ¡ay! de Jerusalén, pero Tierra Santa al fin.

Del mismo modo, libremente, repartieron, desprendidamente y con discreción suma, la casi totalidad de sus

¹⁴Nombre con el que se designaba antiguamente al país de Edom, situado al sur del Mar Muerto.

vastas y austeras fortunas entre los auténticos desheredados —a los que buscaron con ciencia y paciencia—; contrarios a todo énfasis, no se han visto en la necesidad de “jurarse” que ninguno sobrevivirá al otro. Llegado el momento, sabrán muy bien a qué atenerse.

Con perfecto desprecio de todo lo que les causó decepción, alejados del brillante desencanto de su mundo pasado, dieron, sin mirar atrás, un adiós glacial, supremo, claustral a sus antiguas compañías, ya olvidadas, del que la melancolía de su circumspecta alegría nunca se arrepentirá. Son de los que no se interesan más. Al haber comprendido *de una vez por todas* de qué atroz tristeza está compuesta la moderna risa, de qué frugales ficciones se alimenta la sabiduría *pegada al terreno*, con qué algarabía de sonajeros se infantilizan los oídos de las adoceadas multitudes, de qué desesperado aburrimiento esta constituida la frívola vanidad de la mentira mundana, han hecho votos, valga la expresión, de contentarse con su solitaria felicidad.

Sí, estos dos augustos seres (¡excepcionales!), creyendo haber conseguido la paz, sabrán conservar inviolablemente la magia de su aislamiento. Persuadios, con firmeza inquebrantables, de que la única razón de ser (en la cual buscan, fatalmente, verificar sus *similitudes*) de los que, distantes y errabundos, no pueden ser felices consiste en perturbar, instintivamente, si está en su mano, la dicha de los que sí saben ser felices, estos divinos amantes, para preservar la sencillez de su otoñal ternura, persisten en el egoísmo de una morada tan estrictamente ignorada como clausurada. Contrarios a la hospitalidad,

jamás profanaron el perímetro interior de su hogar, no admitiendo “en su casa” otras presencias -¿quién sabe?- de Espíritus familiares conmovidos ante su soberano amor, por temor a que en una azarosa noche de tormenta se colara algún extraño, ilustre o vulgar. Nunca pusieron en peligro, bajo ningún pretexto del Destino, la tranquilidad de su inefable (pero nunca impreciso) e inmutable rapto. Más prudentes que sus antepasados del Edén, nunca tratarán *de saber por qué* son felices, pues tienen muy presente cuán onerosos son esos intentos. Por lo demás, el mundo accede a sus deseos de ser dignos de la indiferencia de sus semejantes, concediéndoles de buena gana un inconsciente asentimiento.

En suma, bajo el techo de su elección, merecedores de ese supremo privilegio, tan raro, por otra parte, de poder conquistar la Vida Perdurable, estos dos escogidos -magníficos, aunque un tanto pálidos- sabrán defender con uñas y dientes -es decir, con conocimiento de causa- su tardía felicidad contra cualquier intromisión “social”.

¡POR LOS CRISTIANOS, LEONES!

A Téodor de Wyzewa.

Mantén tu alma erguida ante el Señor.

Proverbio árabe

Quiero despojarme, de golpe y sin más consideraciones –y únicamente como yo solo soy capaz de hacerlo–, de un cometido de los más apremiantes, y del que no he creído oportuno declinar la responsabilidad.

En mi calidad de intérprete de oficio nombrado por una comisión de personas sensatas, acabo de elevar a la Sociedad Protectora de Animales una queja en toda regla formulada por varios leones.

Recordarán que el año pasado en París, y durante muchas noches seguidas, en el escenario de las *Folies-Pastorales*, una de los más literarios, de hecho, de la ciudad, y ante un público cuya susceptibilidad podría herir si lo calificase de selecto, irrumpió en escena un personaje –al que llamaremos Doctor T*** – con chaleco de cuero negro y un restallante látigo en la mano, dentro de una jaula con una pareja de leones de ambos sexos.

Allí, enardecido por el ansia de dinero y de gloria, el hombre se las ingeniaba para tocar maliciosamente con su látigo las zonas más sensibles del cuerpo de estos nobles animales. De vez en cuando, también, les descargaba una media docena de tiros en sus mismas fauces.

En una palabra, nada de Orfeos, aunque la orquesta, en su inconsciente ironía, se afanase durante la representación en interpretar en ese antro la marcha del *Sueño de una noche de verano*.

Aturdidos por un modo de proceder que no alcanzaban a comprender, los cuadrúpedos giraban alrededor del desgraciado. Los augustos animales se agitaban vanamente encerrados como estaban en un espacio reducido como era la jaula. Además, aprovechándose del completo estupor de sus anfitriones, nuestro héroe los torturaba a conciencia, entre los aplausos de un hemicíclo distraído —y de mujeres que afectaban preocupación.

Sin embargo, un día de Venus (si no me traiciona la memoria), una de las leonas, Nina la Taciturna, indignada y no pudiendo aguantar por más tiempo la situación, se vio obligada a advertir, con un zarpazo, al elegante hostigador de la inminencia de un cenit psicológico. Simple amago cuyo efecto inmediato fue quitar de en medio a esa *fiera corrupta*, al menos durante algunos días.

Se “retiró” con una gloriosa ovación que, en justicia, debió haber sido para la leona. Las bestias, pues, gozaron de un mínimo respiro. La alegría estalló en la jaula, el

látigo se fue enfriando y se declaró tácitamente un armisticio. Circuló incluso que la policía intercedió *en favor del domador* y se suspendieron todas las hostilidades.

No obstante, un día se dispone (cornetín de órdenes), por obra de una innovación genial del sagaz director de teatro de la Porte-Saint M***, intercalar un espectáculo —en un reestreno que a todos coge por sorpresa— llamado *La cierva acorralada*, con, me preguntaréis, ¡cuatro leones!

— ¿A eso se le llama una *bomba*, verdad? En el teatro, la atracción *principal* es conocida como *bomba*.

En nombre, pues, de la libertad de los teatros, este audaz empresario parisino de variedades, antaño decente, va, digamos, a contravenir nuevamente la ya de por sí escasa riqueza pecuaria de su clientela y a rumiar aún más este inmortal número sazónándolo, sin vergüenza alguna, con una dramática exhibición de bravos leones, a cuya hembra al menos ni el más temerario de los espectadores osaría tender la mano por temor a su reacción.

Pero, un momento:

1. ¿Se trata de los mismos leones? ¿Los domesticados a golpe de látigo?
2. Después de algunos secretesos, me inclinaría a pensarlo.
3. ¿Procederá con las mismas caricias el bestial seductor?
4. Pero, si no se tratase de los mismos leones, ¿a quién le importaría?

En el hipotético caso de una eventual tortura, e ignorando hasta qué punto el *veto* del prefecto de policía podría ser suficiente (confirmando incluso las órdenes anteriores de su jurisdicción), voy, de buena fe y pasando de puntillas, a colocar a los susodichos leones bajo el amparo, harto más eficaz, de la LEY —y de la que son, además, su emblema (sobre todo si están enjaulados).

Suplico al Presidente de la Sociedad Protectora de Animales tenga presentes los legítimos rugidos de Nina La Taciturna, de Djemmy la Cruel, de Octave el Excelente y del buenazo de Aly, leones sacados de las selvas y, hoy día, confinados en una jaula circular, en las inmediaciones del bochornoso teatro de la Porte-Saint M***.

A continuación, paso a exponer mis motivos:

Que Claude Bernard¹⁵ ejerza su rigurosa disciplina (servidumbres de la ciencia) en los mamíferos, tanto en los domesticados como en los salvajes (previamente enronquecidos para que los gritos que arrancan las investigaciones experimentales no molesten el plácido sueño de la vecindad) es, sin duda alguna, una necesidad criminal; sin embargo, puede alegar una vaga excusa. El interés superior se impone a la piedad, ¿no es cierto? Rebelarse contra esto resultaría pueril.

Ahora bien, que una meditada barbarie, ajena a cualquier fin humanitario, se despliegue, todas las noches,

¹⁵ Claude Bernard (1813-1878), psicólogo francés, titular la cátedra de medicina clínica del Colegio de Francia desde 1855.

sobre leones inocentes, cuya única culpa es la de estar cautivos, eso me parece un hecho que no debería permitirse por más tiempo en una ciudad cifra y suma de las ideas liberales.

Exterminar a los leones por docenas como hacía no hace muchos años el infeliz Gérard¹⁶ —¿qué mejor?, ¿qué hay más lícito?— es un entretenimiento digno de estímulo. Pero apresarlos para renovar a su vez las tradiciones más ingeniosas de la antigua jurisprudencia con el único fin de distraer a una cohorte de malvados espectadores, eso, proclamo, constituye un acto acreedor de una sanción penal.

¿Deben los menores que acuden a este espectáculo seguir moralmente el ejemplo y torturar, para vivir, a estos últimos leones?

¿Y, a fin de cuentas, no resulta estúpido pagar por incurrir en el desprecio legítimo de estos leones?

¡Ay, si pudieran, en sus ensoñaciones de cautivos sorprendidos a traición, acordarse serenamente de las altas yerbas y de las largas hojas de los frondosos árboles vendidos que antaño ocultaban, en lo recóndito de una garganta del África del Norte, la entrada de su guarida dispuesta en medio de las ruinas de unas termas romanas! Allí, en esos atardeceres, con sus patas delanteras posadas sobre el fuste de una columna, miraban fija-

¹⁶ Cécile-Jules-Basile Gérard (1817-1864), aventurero francés, célebre por sus cacerías de leones en África.

¡Por los cristianos, leones!

mente, mientras se golpeaban los cuartos con sus oscilantes colas, la ascensión de una estrella; olfateaban, a través de la brisa, las emanaciones de nobles toros estabulados en lejanos campamentos. Si pudieran soñar con esas hermosas noches orientales, sin ser mortificados, en sus inofensivas reminiscencias, con la inopinada aplicación en la punta de sus colas de una barra de hierro candente.

¿Acaso compuso Mendelssohn el *Sueño de una noche de verano* para acompañar tales abusos? En Francia quedó abolida la tortura a los humanos: no la infiramos tampoco a los leones.

Por estos motivos:

Después de una detenida reflexión (y, particularmente, en vista de la solemne ocasión de ayer 4 de septiembre¹⁷) solicito al Presidente su libertad incondicionada.

¹⁷ Aniversario de la jornada revolucionaria del 4 de septiembre de 1870, que desencadenó el derrocamiento de Napoleón III y trajo la proclamación de una nueva República en Francia.

LAS DELICIAS DE UNA BUENA ACCIÓN

A Henry Roujon.

¡Eleemosyna!¹⁸

N. T.¹⁹

Si ya es de por sí difícil hacer el menor bien, lo es más aún (habiéndolo intentado) hurtarse uno mismo al triste ridículo de enaltecerse un poco, mal que nos pese, desde el fondo del alma.

Un feliz destino nos ofrece, de pasada, la *oportunidad* de dar una ridícula limosna –tan miserable si la comparamos con todo lo que derrochamos sin razón alguna– y de cumplir con una milésima parte de nuestra más estricta obligación, sin que esto nos suponga ninguna privación efectiva o apreciable; se nos concede el inmerecido honor de dar una limosna y condescendemos casi siempre con un esfuerzo, por más liviano que sea. Y aun a pesar de que nuestra vanidad se vea humillada por lo ruin de nuestro donativo, damos con el expediente de

¹⁸ Limosna, en griego.

¹⁹ Nuevo Testamento.

disfrazarlo, hasta afectar no sé qué gesto compungido y no sé qué semblante lastimoso verdaderamente grotescos, y creemos oscuramente acrecentar nuestros “méritos”. Y debíamos ser nosotros —en el caso de que hubiésemos cumplido *enteramente* con nuestro deber— los que estaríamos en deuda con el pobre por habernos proporcionado la ocasión de dirigirnos a él.

En suma, no podemos, al menos durante unos segundos de vaga ternura hacia nosotros mismos, OLVIDAR nuestra donación y ¡miente quien lo niegue! Somos todos, en el fondo de nuestra alma, tan frívolos y tan vanos que el primer pensamiento que nos asalta a nuestras espaldas es: “He dado una moneda de diez céntimos o de cinco francos a ese famélico, a ese astroso (se sobreentiende que es, por tanto, inferior a mí) y no todo el mundo es tan GENEROSO como yo.” ¡Qué grotesca hipocresía!, ¡qué vergüenza! La única limosna que merece tan honroso calificativo es la que se entrega alborozadamente, de buena gana, sin pensarlo; si uno no es capaz de hacerlo sin meditar, debería pedir humildemente perdón a Dios, rojo de vergüenza, por haber dado un anticipo tan escaso.

Si la limosna se entrega con ese sentimiento mundano que nos proporciona una especie de pedestal sobre el que, anodinos estilitas, nos encaramamos en secreto y no sin complacencia, y que merced a tal circunstancia ambiente, esta limosna se torna bruscamente en, por ejemplo, una farsa macabra, parecerá que esa limosna es, en verdad, una fruslería y que la misma y el simulacro que desencadenará se nos antojarán, por la impresión de conjunto que suscitarán, *la cara y la cruz de una misma moneda*.

En Ville-d'Avray, un claro día de invierno, hacia las cuatro y media de una sobremesa reciente, un atezado mendigo, con buen aspecto, a pesar de sus harapos, estaba apostado en la puerta justo a la entrada de una casa de recreo, con las persianas echadas, de la que parecía inconsciente guardés. Detrás de él, la alargada bóveda de la entrada, daba a unos jardines, situados en una de las calles casi desiertas, pues a esta hora, a partir de septiembre, las villas solían estar cerradas.

La cabeza del joven, pálida y con la honda tristeza de un menesteroso, adoptaba no sé qué inflexiones de desaliento; a veces, mientras lanzada suspiros cuyas exhalaciones le ahuecaban la nariz cual si fueran velas, dirigía miradas intensas, rayanas en el misticismo, hacia las nubes vespertinas y a los cobrizos rayos de sol que teñían de vago azul el crepúsculo.

En torno a sí, por obra de gélidas brisas, flotaban lejanas fragancias de flores secas, desprendidas de los alrededores de esta población campestre, y también saludables olores a paja y a hierba fresca, procedentes, estos, de los espesos montones de forraje recién cortado, apilados al hilo del muro, pegados casi a él, bajo la entrada de la risueña vivienda.

De repente, a lo lejos, en el recodo de una callejuela cubierta de zarzas, con cortos, pero acelerados pasos, que se hundían en la tierra de la calle, apareció, toda apresurada, violácea la tez y envuelta en terciopelo, entre ligeros estremecimientos, las manos calzadas con manguitos, una linda paseante.

Una muy joven señorita... llamada Diane L... tan parecida a nuestra célebre señora T***²⁰ de la que, si hiciéramos caso de las hablillas, varios de los admiradores de la diva se habrían sentido consolados, de hinojos ante los diminutos pies de esta juvenil sosias, de las rebeldes austeridades de la estrella. Era, en suma, su doble de amor, también artista. ¿Por qué esta presencia allí, esta tarde? Sin duda alguna regresaba a su casa quizá por algún objeto olvidado, por alguna insignificancia que le habría hecho ponerse nerviosa o era incluso posible que viniera de París a recoger tal o cual cosa, qué más da.

En un instante, se halló próxima al mendigo y le bastó divisarlo para que echara mano de su bolso, sacara el portamonedas y le ofreciera una limosna, pues era de corazón compasivo y generoso. Con la punta de sus dedos, calzados con unos guantes violeta oscuro, le tendió una moneda de dos francos, diciéndole con voz cortés, gélida y cantarina:

– ¿Tendría a bien aceptarla, señor?

Ante esas ingenuas palabras, el cándido mendigo, conmovido por la salutífera ofrenda, balbució:

– ¡Señora... no son dos céntimos son... dos francos!

– Sí, soy consciente –respondió sonriendo, disponiéndose a partir, la encantadora bienhechora.

²⁰ Villiers parece aludir a Fortunata Tudesco (1826-1866), contralto italiana, famosa en su época.

– ¡Que Dios la bendiga, señora! se lo agradezco de todo corazón, exclamó de inmediato y con los ojos arrasados en lágrimas el mendigo. Además, sabe usted, mi mujer, mi pobre y querida mujer, y mis hijos llevan desde anteayer sin comer. Con esto nos acaba de dar la vida. ¡Oh, qué buena es usted, señora!

El tono, el aliento de gratitud que hacían jadear esta voz parecían tan sinceros, tan conmovedores, que la joven artista se sintió hasta tal punto agitada que una lágrima humedeció sus pestañas. Pensó: “¡Cómo con tan poco, se puede hacer tanto bien!”.

–Tenga –se volvió ella emocionada– y ya que eso es así, tome otros cinco francos más.

¡Siete francos de una vez y así! Un verdadero espasmo de alegría cerró los ojos del mendigo, quien saboreó íntimamente, sin vanas palabras, lo inesperado de esta fruslería. Inclinando la frente, con delicada circunspección, hasta rozar la punta de los dedos de la señora, el mendigo agregó:

– No nos los merecemos... ¡Ay, si todas las señoras fueran como usted, respetable dama!

Enternecida en presencia de la desgracia alegre que su limosna había consolado, la exquisita niña se desprendió humildemente de la punta de su perfumado guante para retirar la mano y sacar nuevamente su diminuto portamonedas.

– ¡A fe mía, solo tengo una moneda de diez francos, pero mucho mejor así; tome, aquí tiene!

Esta vez sí que el vagido de un gracias apenas articulado se extinguió, a base de emoción, en la garganta del vagabundo; absorto, contempló la moneda. Doce francos, nada más y nada menos, de una sola tacada y en una única tarde. Se puso serio. Solo de pensar que su mujer y sus hijos estaban salvados durante quince días al menos de los horrores de la miseria, el pobre hombre fue sacudido por la imperiosa necesidad de dar las gracias, sin atinar a darlas ni a guardárselas. La dulce artista, convertida en la imagen misma de la Caridad, se regocijaba íntimamente ante el apuro y la vergüenza del infeliz y con los ojos en dirección al cielo, disfrutaba de la secreta ebriedad de la apoteosis que la inundaba. Para exaltar más si cabe el paroxismo del delicado mendigo, agregó:

– ¡Y de vez en cuando le enviaré cosas a su casa, amigo mío!

Esta frase, que aseguraba una suerte de mínimo porvenir a su familia, le hizo tambalearse. ¡No sabía qué decir! De una lado, la felicidad y, de otro, la incapacidad para demostrar, para dar testimonio, en virtud de cualquier acto heroico, aun a precio de su vida; la sinceridad de su irrefrenable gratitud le quitaban la respiración. Preso de un impulso irresistible, tomó ingenuamente entre sus brazos a su benefactora, a la que ese arranque irreflexivo no podía ofender, ya que en ese mismo momento se sentía pura y la imagen misma de un ángel. Sin

ningún miramiento, la abrazó, exultante, infinidad de veces, gritando “¡Mi mujer!, ¡mis hijos!”, que instalaron en la joven artista la convicción de que podía imitar a la Providencia, como ya lo hacía con la señora T***. Ni uno ni otra, a causa del *quid pro quo* de este éxtasis reflejo, se percataron de que, a través de tratos de una brevedad vertiginosa, la hermosa Diana se encontraba casi posada en el agreste piso y que experimentaba -no sin un cierto estupor que le dilataba las pupilas, pero no había lugar a dudas- el firme abrazo de su demasiado expansivo deudor, quien, bajo una ráfaga de besos (harto sinceros, por lo demás), ahogaba, sin darse cuenta, cualquier exclamación de socorro y no cesaba de susurrarle entrecortadamente al oído, entre sollozos celestiales, estas palabras llenas de arrobo:

– Gracias, señora, en nombre de mi mujer. ¡Qué buena es usted, señora! Gracias también en nombre de mis hijos.

Unos minutos después, un rumor de pasos y de voces, que venían del exterior y que se aproximaban a la hasta allí solitaria calle, devolvieron sobresaltadamente al irresponsable Lovelace²¹ a la cruda realidad, lo que permitió a la joven artista -desconcertada, despeinada, encarnadas las mejillas y el ceño fruncido- desprenderse de una sacudida y escapar. Mientras recomponía su atavío, retomó el camino de una casa vecina para desde allí arreglarse. Conforme iba avanzando, se juró a sí misma

²¹ Don Juan, seductor de mujeres. Nombre de un personaje de la novela epistolar *Clarisse Harlowe*, de Samuel Richardson, publicada el año 1849.

no solo que lo que diera su mano izquierda sería ignorado por su mano derecha y que no se ganaría el favor de los serafines a razón de doce francos por persona, sino que cortaría en seco los amagos de agradecimiento de sus queridos pordioseros.

Mientras los velos de la noche se ennegrecían, en un ángulo de la carretera, la dama se volvió, azorada aún por este episodio. Un destello de luz iluminó cerca de la cancela el rostro moreno y los blancos dientes del mendigo... que sonreía en la sombra y seguía su rastro con una mirada cargada de un reconocimiento infinito.

Cuentos feroces

LÉON BLOY

Edición de Luis Cayo Pérez Bueno



el

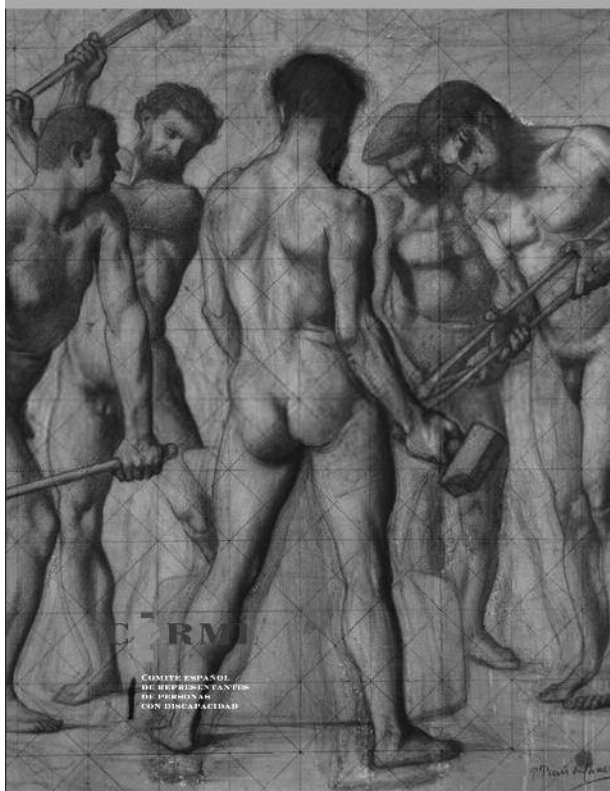
COLECCIÓN empero

ediciones
cinca

¿Qué hacen los hombres juntos?

MICHEL FOUCAULT

Traducción de Luis Cayo Pérez Bueno



Jel

COLECCIÓN empero

ediciones
cinca

